PRESENTACIÓN

Don Eusebio Muñoz,
Delegado del Rector Mayor para la Familia Salesiana

Os saludo cordialmente y deseo que este saludo llegue a todos los miembros de vuestros grupos. Es este un momento particularmente oportuno para saludaros y saludarnos, porque en estos días compartiremos tantos valores, relevantes para nosotros y para nuestros grupos de pertenencia. Esta reunión se convierte, año tras año, en una invitación especial que Dios nos hace para crecer en una rica experiencia de comunión humana, cristiana y salesiana.

Las Jornadas nos ayudan a ser más conscientes de lo que significa nuestra pertenencia a la Familia Salesiana. En estos días tendremos la oportunidad de realizar un encuentro especial con el Rector Mayor, centro de la unidad y de comunión de la Familia Salesiana. Vamos a reflexionar juntos sobre el aguinaldo, el importante mensaje anual que el Rector Mayor nos ofrece. Conoceremos mejor a los otros grupos. Nos encontraremos con gente proveniente de tantos lugares con la que tenemos una sorprendente afinidad espiritual. Entenderemos mejor que el Espíritu repite en nuestro tiempo cuanto ha hecho con Don Bosco.

El conjunto de este encuentro podrá también iluminar nuestro permanente desafío para la formación. Los contenidos, las experiencias de nuestros grupos, el compartir la interioridad de tantas personas, la oración en común, y el ambiente salesiano de familia representan una buena síntesis de lo que

llamamos formación y pueden iluminar la formación que hagamos en nuestros grupos, una formación que nos permita responder adecuadamente a las diferentes situaciones que la vida nos presenta.

Las jornadas de este año centran su atención en la familia. Tantas personas nos esperan porque necesitan un acompañamiento especial en este tiempo tan complejo. Mirar a la familia se convierte para nuestros grupos en un desafío al que debemos responder con generosidad y sabiduría. Esta reunión nos sugerirá también muchas razones para consolidar mejor la respuesta que estamos llamados a dar.

Finalmente, esta reunión nos permite, sobre todo, reforzar la experiencia espiritual que nos ha traído a Roma. Estoy convencido de que estos días nos permitirán hacer nuestra la interioridad de muchos creyentes. En particular, creo que también será intensa para nosotros la convicción interior que tuvo la Virgen tras el saludo del ángel. Desde el principio hasta el final de estos días damos gracias al Señor que está haciendo maravillas también para nosotros.

Nuestro grupo es testimonio de la fuerza de Dios, que es capaz de curar en profundidad a las personas y transformar la sociedad.

Os invito a participar activamente en este significativo encuentro. Al volver a vuestros lugares de origen podréis contar a los demás la experiencia vivida y, en cuanto os sea posible, llevarles también lo que, habéis estado viviendo estos días podrá enriquecer el camino que hacen vuestros grupos.

Pongo en las manos y el corazón de Don Bosco y Nuestra Madre Auxiliadora estas Jornadas preparadas con tanto entusiasmo y dedicación.

Os deseo un trabajo sereno y fecundo.

Don Eusebio Muñoz
Delegado del Rector Mayor para la Familia Salesiana

La experiencia familiar de Jesús de Nazaret

Hijo de María, hijo del Padre

JUAN JOSÉ BARTOLOMÉ, PROFESOR DE SAGRADA ESCRITURA

> "*Si es verdad que Jesús se presenta como modelo de obediencia a sus padres terrenos, sometiéndose a ellos (cf. Lc 2,51), también es cierto que él muestra que la elección de vida del hijo y su misma vocación cristiana pueden exigir una separación para cumplir con su propia entrega al Reino de Dios (cf. Mt 10,34-37; Lc 9,59-62). Es más, él mismo a los doce años responde a María y a José que tiene otra misión más alta que cumplir más allá de su familia histórica (cf. Lc 2,48-50). Por eso exalta la necesidad de otros lazos, muy profundos también dentro de las relaciones familiares: «Mi madre y mis hermanos son estos: los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra» (Lc 8,21)".* [1]

1. Los datos

Si se exceptúan los llamados *evangelios de la infancia* (Mt 1,18-2,23; Lc 1,5-2,52), la tradición evangélica apenas menciona la familia de Jesús. Y cuando lo hace, no suele presentarla demasiado favorablemente: iniciado el ministerio en Galilea, Jesús fue tenido por enajenado por *«los suyos»*, quienes intentaron hacerlo regresar de nuevo a casa (Mc 3,20-21; cf. Jn 10,20); cuando visitó Nazaret, *«conciudadanos, parientes y los de su casa»* no creyeron en él (Mc 6,4). Mientras predicó el reino de Dios, no contaba con ningún familiar entre sus seguidores (cf. Jn 7,2-5). Solo el cuarto evangelio recuerda la presencia de su madre, junto a Jesús y sus discípulos, durante una boda, en Caná de Galilea, al inicio del ministerio público (Jn 2,1-12) y, al final, durante su agonía y muerte en cruz (Jn 19,25-27; cf. Mc 15,40-41; Mt 27,55-56; Lc 23,49.55).

Pero no fueron sus más allegados quienes se distanciaron de él, fue el mismo Jesús, quien a lo largo de su ministerio público, adoptó una "actitud aparentemente anti-familiar".[2] Y no sólo con su propia familia (Mc 3,31-35; Mt 12,46-50; Lc 8,19-21), sino también con las familias de sus discípulos,

[1] FRANCISCO, *Amoris Laetitia*. Exhortación Apostólica Postsinodal sobre el amor en la familia (19 marzo 2016), n. 18.

[2] S. GUIJARRO, "La familia en el movimiento de Jesús", en ID., *Jesús y sus primeros discípulos,* Verbo Divino, Estella, 2007, 145.

a los que impuso romper con ellas como consecuencia inmediata de la invitación a ser seguido (Mc 1,20; 10,28-30) o, incluso, como condición previa para iniciar el seguimiento (Lc 9,59-62; 12,52-53; 14,26).[3]

Pues bien, a pesar de esa profunda reserva que Jesús mantuvo con respecto a la vida de familia, suya y de los suyos, la tradición evangélica transmite suficientes episodios en los que no deja de valorarla positivamente. Reivindica el deber de honrar a los padres (Mc 7,6-13) y defiende la indisolubilidad del matrimonio legítimo (Mc 10,2-12; Mt 19,2-12; Lc 16,18). Anima a acoger y bendecir a los niños de otros, algo bastante inusual en su tiempo (Mc 10,13-16; Mt 19,13-15; Lc 18,15-17). Envía a sus discípulos a anunciar el evangelio a las familias y a permanecer en sus casas (Mc 6,10; Mt 10,12-15; Lc 10,5-7). Y él mismo, durante todo su ministerio público, mantuvo relación de amistad con algunas familias, aceptando su hospitalidad (Mc 1,29-31; 11,11; 14,3; Lc 10,38-42; Jn 11,1-45). Llegó, incluso, a presentar la relación familiar como modelo y meta del discipulado (Mc 3,31-35) o como su mejor recompensa (Mc 10,28-30).

¿Cómo poder explicar esa evidente 'ambigüedad' de Jesús con la familia, la suya y la de los suyos?

2. La institución familiar en tiempos de Jesús

Jesús de Nazaret vivió y murió en el seno de una sociedad agraria que, inmersa en la cultura del levante mediterráneo, consideraba la familia como la institución social básica. Organizada para procurar autosuficiencia y protección a sus miembros, se articulaba a través de una red jerarquizada de relaciones, en las que no dominaba entre sus miembros el afecto sino, más bien, la autoridad paterna. La vida familiar se desarrollaba, principalmente, en casas, lugares donde habitaban sus miembros, que tenían especial cuidado en preservar los usos y tradiciones del grupo familiar.

La familia miraba a salvaguardar la identidad de los individuos y la continuidad del grupo, garantizando la vida sobre la tierra, y después de la muerte, a través de la memoria de su descendencia (Eclo 30,4; 44,10-11; 46,12). Punto de referencia fundamental para sus miembros, les proporcionaba un preciso y diferenciado rol social, por el que quedaban integrados en la sociedad. Promovía y custodiaba la buena fama y les

[3] Por ello resulta chocante que una postura tan radical, asumida por quienes convivieron con él hasta su muerte, no se mantuviera en el grupo de discípulos después de la resurrección: las generaciones que crearon el NT no compartieron la posición, ambigua cuando no contraria, de Jesús con respecto a la institución familiar y terminaron por organizarse según el modelo familiar.

aseguraba los medios de producción (bienes materiales, un oficio), un patrimonio para vivir (herencia, honra) y esa cohesión y solidaridad grupal que no facilitaban entonces las autoridades, civiles o religiosas.

La familia estaba definida, y dominada, por la figura paterna, cuya autoridad en el hogar era casi absoluta (Eclo 7,18-28). El honor familiar, patrimonio de todos sus miembros que se sentían obligados a defenderlo, y un profundo sentido de pertenencia la mantenían unida. Los varones gozaban de mayores privilegios; eran los responsables de mantener el honor en la familia, que se jugaba principalmente en honrar a los padres, viviendo bajo su autoridad (Eclo 3,11; cf. Éx 20,12; Dt 5,16; Lv 19,3). La relación entre padres e hijos varones era estrecha y permanente, pues en ella se basaba la continuidad de la familia. Mujeres y niños dependía de su relación con el padre, sin cuyo favor y subordinación no podían sobrevivir. Hasta que los hijos varones no llegasen a ser adultos, la relación con la madre era muy estrecha e influyente en el acontecer diario. Viudas y huérfanos quedaban en una situación muy precaria, pues era la familia – excepción hecha de la caridad pública – la única posibilidad de obtener protección y ayuda.

La tierra, bien limitado y unidad básica de producción, era en la Palestina del siglo I el principal sostén económico. Patrimonio familiar por excelencia, las leyes pretendían que su posesión se mantuviera entre la parentela más próxima; pero el proceso de concentración de la propiedad en pocas manos era un fenómeno creciente en una sociedad rígidamente estructurada, donde la neta separación por clases dificultaba el cambio de status social y la prosperidad de las familias menos pudientes. Entre éstas, habrá que colocar la familia de Jesús, si José, su padre (Lc 4,22), fue artesano de oficio (Mt 13,55) como habría sido el mismo Jesús (Mc 6,3).

En tiempos de Jesús las familias se distinguían por el hogar que habitaban, el número de miembros que hospedasen en él, la capacidad de asegurar ayuda y protección a la parentela, la cantidad de tierras que poseyeran y, en consecuencia, la clase social a la que pertenecían. La gran mayoría, formada por familias de campesinos y obreros manuales, estaba constituida por familias nucleares, vivían en casas de adobe, con madera y ramaje por techumbre; en su interior encontraban cobijo lo mismo personas que animales.

Niños y adolescentes, si no pertenecían a familias pudientes, estaban entre los grupos más desfavorecidos de la sociedad. El trabajo infantil era un hecho, social y económicamente, necesario. A partir de los seis años los niños encontraban trabajo en su propio hogar o en el campo, junto al padre y hermanos mayores; para la mayoría, el trabajo manual les proporcionaba la única formación que recibían. El tiempo de trabajo era de sol a sol;

cuando se trabajaba fuera de casa solía remunerarse, al inicio, con la una única comida; más tarde, con un pequeño salario. A veces, el trabajo del niño servía a saldar las deudas del padre.

La niñez era vista como un estadio de transición, en el que los niños tenían que abandonar su inmadurez y dependencia hasta llegar a asumir su responsabilidad en relación con la ley divina; la obediencia a Dios, más que la inserción en la sociedad, era el objetivo. Este camino es acompañado por la educación, que, básicamente oral y familiar (Prov 1,8), no desdeñaba la severidad en el trato, ni los castigos (Eclo 30,12; Prov 13,24; 22,15; 23,13-14). Cuidar del padre trae bendiciones; despreciarlo procuraba males (Eclo 3,8-16); desobedecerle, incluso la muerte (Dt 21,18-21; 27,16).

Obligación de los padres era enseñar (Prov 4,1-4) y transmitir la fe del pueblo (Éx 12,26-27; 13,14-15; Dt 6,20-24; Jos 4,6-7.21-23). En familia se aprende un oficio, la forma de relacionarse con el entorno y, sobre todo, las tradiciones del pueblo (Dt 32,46-47). La lectura, repetición y memorización de la Ley era el instrumento normal de aprendizaje; su objetivo, la interiorización de la historia del pueblo y de la Alianza. La familia era, por tanto, el lugar primario de socialización y de identificación para un niño; en ella y a través de ella, el niño participaba activamente en el culto y en la vida social.

Para el niño su adultez iniciaba a los 13 años (Gén 17,25), edad que señalaba el final de la educación y el inicio de la responsabilidad social. Mientras el padre viviera, el hijo no tenía tierra propia, trabajaba con y para el padre. Honrarlo era el segundo supremo mandamiento (Éx 20,12; Éx 21,15.17; Eclo 3,2.8.16). El matrimonio era considerado obligación: a los dieciocho años, para varones; a partir de los trece, para las muchachas (m. *Ab* 5,21), consumado el cual los hijos se desligaban un tanto de sus familias, gozando de cierta autonomía.

Atentar contra la vida de familia o simplemente renunciar a ella comportaba la más absoluta marginación social. Siendo el grupo familiar el lugar primario de identidad, no tener casa propia comportaba vivir socialmente estigmatizado. Quien vivía sin casa y sin techo (Lc 9,57-58), cualquiera que fuera el motivo, se convertía en un desclasado, que había adoptado un estilo de vida poco honorable, itinerante (cf. Mc 1,14-39) y sin arraigo (cf. Lc 9,57-60).

3. Jesús y su(s) familia(s)

Jesús vivió la mayor parte de su vida en el seno una familia de artesanos en Nazaret, una aldea sin relevancia de Galilea (Jn 1,46). El hecho es relevante: fue acogido como hijo, aprendió a ser hombre y se preparó a su

misión en el seno de una familia de pocos recursos. Dios se eligió una madre, para nacer hombre (Lc 1,31-35; 2,7). Y se dotó de una familia (Mt 1,18-21.24), para llegar a crecer y madurar como tal (Lc 2,39-40.51-52).

La voluntad de hacerse humano impuso a Dios tener que convertirse en hijo. No sólo quiso ser hombre, tuvo que aprender a serlo, *como nosotros*, acogido, educado y durante la mayor parte de su vida acompañado por una familia. Fue su libre opción, pues no estaba obligado Dios a salvarnos, ni – menos aún – a convertírsenos en igual para lograrlo. Si el motivo de nuestra salvación fue el amor que Dios nos tiene, la encarnación fue el modo de su realización. Y dotarse de una familia, la lógica consecuencia.

Una familia, en Nazaret, fue el hogar y escuela de humanización del Hijo de Dios. De hecho, menos los pocos años – entre uno y tres – , los últimos de su vida, cuando se dedicó por entero a predicar el reino de Dios, Jesús pasó su existencia en el seno de una familia, de todos conocido como hijo de José (Lc 4,22; Jn 6,42), el artesano (Mt 13,55), hijo de María, hermano de Santiago, José, Judas y Simón (Mc 6,3; cf. Mc 3,31-35; Mt 13,55; Hch 1,14; Gál 1,19; 1 Cor 9,5). No se contentó Dios, pues, con *«nacer de mujer»* (Gál 4,4), quiso contar con una familia donde crecer *«en sabiduría, estatura y gracia delante de Dios y de los hombres»* (Lc 2,52).

No habría que pasar por alto que para hacerse hombre Dios tuvo que imponer su voluntad a los padres que se eligió. Tuvo que anunciar a sus padres su propio nacimiento y convencerles para que dieran su asentimiento. Y ello, a pesar de que antes de conocer la propuesta del Dios que los quería convertir en padres de su Hijo, María y José ya habían optado por crear una familia (Lc 1,27; Mt 1,18). Para sus padres ahijar a Dios supuso hacerle espacio en lo más íntimo de su mutua e íntima relación y renunciar a un proyecto de vida común ya iniciado.

Tanto María como José, aunque de forma diferenciada, como diversas fueron su implicación personal y las funciones dentro de la familia querida por Dios, tuvieron que pagar un precio por ser su familia. No lo pagaron *para serlo*. Nunca lo hubieran merecido: no llega a familiar de Dios quien quiere, sino aquel a quien Él se lo propone. La familia de Jesús pagó, eso sí, un precio *por serlo*, como consecuencia de tener a Dios como hijo.

La tradición evangélica, con tanta discreción como honestidad, no ha ocultado los hechos. Ya desde su nacimiento, pero, sobre todo, durante el periodo del ministerio público, la relación de María con Jesús fue cada vez haciéndose más difícil y distante, una situación que, si a nosotros hoy nos sigue sorprendiendo, María mal pudo entender: no la dejó otra salida que *«guardar todo en su corazón»* (Lc 2,19.51).

Para lograr su consentimiento y convertirla en madre virgen de su Hijo, Dios había enviado a Gabriel con una propuesta irresistible (Lc 1,32-33: *«Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre»*). Cuando María dio a luz al hijo de Dios en Belén y *«envuelto en pañales, lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada»* (Lc 2,7), tuvo que dejarse evangelizar por unos desconocidos, unos pastores a quienes Dios había enviado sus ángeles (Lc 2,17). Cuarenta días después, cumplido el tiempo de la purificación, al presentar sus padres el niño al Señor en el Templo, siguiendo la ley de Moisés, un anciano les predijo un pavoroso porvenir (Lc 2,35-36: *«Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción, y a ti misma una espada te traspasará el alma»*). ¡Bonita manera tiene Dios de pagar los servicios prestados!

Aún adolescente

Decisivo para entender la ambigua posición del Jesús adulto con respecto a la vida de familia es el episodio de la pérdida de Jesús en el templo (Lc 2,41-50), un curioso suceso que Lucas, el único evangelista que lo transmite, sitúa al final de su adolescencia. Más que un incidente familiar, que lo fue, el extravío de Jesús adolescente en Jerusalén representa para el evangelista el pórtico narrativo idóneo para la crónica de la misión pública de Jesús.

En sí mismo lo ocurrido podría haber pasado desapercibido, por normal. Los padres, a los que el narrador considera auténticos padres, nada vieron de especial en su hijo…, hasta que, una vez perdido, lo volvieron a encontrar. Tras el reencuentro se topan con que su hijo se sabe – ¡y se prefiere! – hijo de Dios: *«¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?»* es la primera frase que Jesús, aún adolescente, pronuncia en el evangelio (Lc 2,49).

La anécdota, de carácter biográfico, mira a asegurar la identidad de Jesús por su relación filial con Dios.[4] Su estructura narrativa es clara: se sitúa la acción en el contexto de fiesta anual en Jerusalén (Lc 2,41-42), donde, inexplicablemente, Jesús se extravía (Lc 2,43-45). La reacción de los padres, lógica e inmediata (Lc 2,46-48), hace más sorprendente la respuesta de Jesús (Lc 2,49), como muy bien el evangelista registra con precisión (Lc 2,50).

El relato, que se abre identificando a los padres de Jesús como una familia piadosa (cf. Lc 2,27; 1 Sam 3,21; 2,19), subiendo a Jerusalén para celebrar la pascua, se centra inmediatamente en la edad que Jesús tenía en esa

[4] La filiación divina de Jesús no es una sorpresa para el lector: había sido anunciada por el ángel en el relato de la anunciación (Lc 1,35) y preparará la declaración de Dios en el bautismo de Jesús (Lc 3,21-22). Novedoso es que aquí que sea el adolescente Jesús quien la afirme sin ambages.

ocasión: estaba por cumplir trece años y entrar en la mayoría de edad. Esta anotación es decisiva: no estaba aún obligado a subir a Jerusalén; pero era deber paterno habituar a los hijos al cumplimiento de la ley, sobre todo, ahora que pronto, llegando a ser adulto, iba a tener que vivir sometido a ella (cf. Bill II 144-147). Así lo preparaba su familia para que asumiera, aún adolescente, su responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

> 46 «*Al cabo de tres días lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y preguntándoles.* 47 *Y todos los que le oían se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas.* 48 *Y viéndolo se quedaron atónitos. Y su madre le dijo:* "Hijo, ¿por qué nos hiciste esto? Mira que tu padre y yo, angustiados, te estábamos buscando."»

La ausencia de Jesús en la comitiva de regreso pasa, en un primer momento, desapercibida. Y en el relato queda inexplicada. Tampoco se aduce la razón de la permanencia de Jesús en el templo. Después de tres días de angustiada búsqueda, sus padres logran dar con él. En el templo, y no entre parientes y conocidos, lo encontraron sus padres, sentado en medio de doctores, como uno de ellos: oyente e interlocutor en una asamblea de maestros (cf. Lc 5,3; Mt 23,2; 26,55). El asombro es general (cf. Lc 4,22), dada la capacidad para comprender e inquirir (cf. Is 11,2; 1 Crón 22,12) del adolescente (cf. Sab 8,10). La sabiduría que lo llenaba se hace ahora evidente (Lc 2,40). Conoce la voluntad de Dios, sin haberla aprendido de los rabinos.

A la sorpresa de los presentes se une la extrañeza de los padres. Y es la madre quien toma la palabra (Lc 2,48), hecho inesperado estando presente el padre. Más que compartir la admiración de los presentes (Lc 2,47), la madre se manifiesta dolida por la acción su hijo. No se alegra al reencontrarlo; la desconcierta cuanto está haciendo. Y no oculta sus sentimientos. Sus palabras, elegidas con cuidado, buscan una explicación. Lo sigue tratando como niño, al dirigirse a él como a hijo querido («*téknon*», cf. Lc 15,31; 16,25) y le habla de su angustiado padre. No se centra en su angustia, privilegia la del esposo («*tu padre y yo, angustiados*»). Y subraya su dolida incomprensión: «*¿por qué has hecho con nosotros así?*». Da a entender, implícitamente, que no se esperaba semejante comportamiento. Podría entender que se hubiera extraviado en la gran ciudad; no que lo hallara conversando con letrados, admirados de su saber.

> 49 «*Y les dijo:* "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que me conviene estar en las cosas de mi Padre?" 50 *Y ellos no entendieron ni palabra de lo que les decía.*»

La profecía de Simeón ha tardado poco en empezar a cumplirse (Lc 2,35a: «*y a ti misma una espada te traspasará el alma*»). En realidad, no fue ella quien perdió a su hijo, fue el hijo, y a sabiendas, quien dejó a sus padres;

no había sido un extravío ocasional; se ausentó voluntariamente (cf. Lc 2,49b). El ya no tiene otra ocupación que su Padre.

Para la madre, y para el lector actual, la respuesta de Jesús es aún menos comprensible que su comportamiento. Habla por vez primera para afirmar, veladamente, quién es y a qué debe dedicarse. Enfáticamente, con dos preguntas, cuestiona la doble pregunta de la madre. En realidad, le responde preguntando a su vez. No critica la angustia de sus padres, sino el motivo: no tendrían que haberlo buscado; «*deberían*» haber sabido que no está sujeto a autoridad humana alguna, por sagrada que sea; se debe a su Padre. «*Estar en sus cosas*» es su prioridad, su misión personal.

Más que defenderse, Jesús contrataca. No fue un capricho ni una casualidad, sino su deber lo que lo separó de ellos. No hizo lo que quiso, sino aquello que de él se quería. No entiende muy bien, pues, que sus padres se quejen. Ha actuado no por simple conveniencia, sino por esa necesidad interior que le domina y le lleva a vivir en conformidad con el querer del Padre.

Si la dolida incomprensión de María se apoya en la piedad debida a los padres, según mandamiento de la ley de Dios, la actuación de Jesús nace de su piedad filial para con Dios. Su vida no la domina su familia, sino su Padre. Sus padres tienen un hijo, que en realidad no es suyo, como bien saben ellos (y el lector del evangelio; cf. Lc 1,31-32.35; Mt 1,20-21). Y, lo que es aún menos excusable, no deberían haberlo olvidado. El hijo de Dios al Padre se debe, y no se pierde cuando de sus cosas se ocupa.

Jesús, adolescente, desvela a sus padres su filiación divina y su exclusiva misión:[5] afirma que, siendo hijo, debe estar en lo que atañe al Padre. Y no tiene que pasar desapercibido que sea «*Padre*», apelativo dirigido a Dios, la primera palabra y la última de Jesús en el tercer evangelio (Lc 2,49; 23,46): toda su vida consciente está entendida como vivencia filial. Jesús, aún muchacho, afirma su necesidad de servir al Padre sobre todas las cosas, una necesidad que nace de su conciencia filial: filiación divina y misión evangelizadora van juntas. Saberse hijo, sin otra ocupación que el Padre y sus cosas, es la razón de su sabiduría. Causa de que perdiera, momentáneamente, a sus padres fue su obediencia filial a Dios.

El drama familiar reside en la neta oposición "entre el programa de los padres y el del hijo: la voluntad de los padres tiene que ver con la ley; la voluntad de Jesús, con la revelación."[6] Nada de extraordinario, pues, que ellos no entiendan lo que les dice (Lc 2,49: «*¡ni palabra!*»). Contrasta con la inteligencia

[5] Es la primera vez que a Jesús se le da voz en el evangelio, donde había sido ya proclamado hijo del Altísimo (Lc 1,32), hijo de Dios (Lc 1,35), Salvador, Cristo, Señor (Lc 2,11).
[6] F. BOVON, *El evangelio según san Lucas.* I (Lc 1,1-9,50), Sígueme, Salamanca, 2005, 221.

de Jesús (Lc 2,40.52) su falta en los padres (Lc 2,49). Sólo ellos conocían el verdadero origen de Jesús (cf. Lc 1,32.35; Mt 1,18-24). Pues bien, ni el don de una maternidad virginal, ni el nacimiento celebrado en Belén por ángeles y pastores, ni la profecía de Simeón, ni una estrecha convivencia diaria, hizo a María [y a José] comprender a su hijo. A María le queda aún un largo camino hasta que logre entender a su hijo (cf. Lc 8,19-21; 11,27-28).

> 51 «*Y bajó con ellos y fue a Nazaret. Y les estaba sometido. Y su madre guardaba todo en su corazón.*»

La filiación divina, reivindicada tan temprano por Jesús, no le libera de la patria potestad: vuelve con sus padres a Nazaret y allí, a una vida de obediencia. Pudiera parecernos normal, pero ello supuso a los padres de Jesús vivir una situación anómala. Tal regreso, tras una expresión tan rotunda de su identidad, hace más extraordinario lo ordinario: el sometimiento del hijo de Dios a unos progenitores, que en realidad no lo fueron. No es lo que pudiera haberse esperado tras la voluntaria pérdida y su motivación. El hecho fue que saberse hijo de Dios no eximió a Jesús de vivir sometido - ¡toda una vida! – a sus padres en Nazaret.

El desconcierto aumenta cuando en Nazaret los padres deben convivir con quien se debe a *otro* Padre. Todo lo sucedido, y no exclusivamente la respuesta de Jesús, es lo que María guarda en su corazón (Lc 2,51b: «*todas las cosas*»). Y aunque no lo entiende, tampoco lo olvida: en el corazón, centro de la persona, sede más que de afectos de la conciencia y de la voluntad, conserva el recuerdo de lo sucedido (cf. Lc 1,66) y busca el sentido escondido entre lo que ha presenciado y el comentario de Jesús. Escuchar a Dios sin entenderlo es la forma mariana de no perderlo (cf. Lc 2,19; 8,19-21; 11,27-28).

Un acontecimiento normal en la vida de una madre la obliga a hacerse mejor creyente: pierde al hijo en el templo para siempre, aunque vuelva como hijo a su casa, sometido a la patria potestad. Crece ante ella su hijo y junto a él debe crecer su fe. Llevó al hijo en su seno hasta que lo dio a luz; lo tendrá que llevar en su corazón para no perderlo (Lc 8,21; 11,28). A la gestación carnal ha de seguir la gestación cordial, ambas posibles solo por la fe. La primera exige fe para que se realice; la segunda, para que no se pierda.

> 52 «*Y Jesús progresaba en sabiduría, madurez y gracia ante Dios y los hombres.*»

Lucas añade una breve anotación con la intención de cubrir todo el período de juventud de Jesús hasta su aparición, ya adulto, en el desierto para ser bautizado por Juan (cf. Lc 3,21): «*crecía en sabiduría, madurez y gracia ante Dios y los hombres*» (Lc 2,52). La apostilla, aunque breve es preciosa: aporta

toda la información que tenemos sobre Jesús desde su niñez hasta el inicio de su ministerio público.

Llega así a su final natural una crónica que comenzó con un infante en brazos de María (Lc 2,12.16), pasa a ser niño (Lc 2,17.27-40) e hijo suyo (Lc 2,43) y termina como hijo de Dios (Lc 2,49): sobre los doce primeros años de Jesús, y sobre los veinte restantes, Lucas nada tiene que decir. Querido de todos, crece madurando como hombre el hijo de Dios…, durante treinta años, en el seno de su familia.

Ya adulto

Excepción hecha de los relatos de la infancia, la tradición evangélica guarda silencio sobre la figura de José, el padre de Jesús (Lc 4,22; Jn 6,42). Para captar, pues, la relación de Jesús con su propia familia durante los años del ministerio público no queda otra opción que centrarse en su madre y sus hermanos.

Pues bien, causa sorpresa la escasa atención que dedican los cuatros evangelios a la familia de Jesús, formada por María, que suele ser identificada, casi siempre, como «*la madre de Jesús*» (Mt 13,55; Jn 2,1.3; 19,25; Hch 1,14) y sus hermanos, Santiago, José, Judas y Simón (Mc 6,3; cf. Mc 3,31-35; Mt 13,55; Gál 1,19; 1 Cor 9,5). Y llama aún más la atención que la madre de Jesús, a medida que avanza la narración evangélica, aparezca cada vez menos en ella (Mc 3,31-32; Mt 12,46-47; Lc 8,19-20; Jn 2,1-11; cf. EvTom 79,1-2). Y, si lo hace, tiene poco que decir (Lc 11,27-28; Jn 19,26-27; cf. Hch 1,14).

La imagen que emerge de estos datos es la de una relación de Jesús con su familia, que, estrecha en los inicios, después del nacimiento de Jesús, se fue haciendo menos frecuente, durante la época del ministerio público; y tuvo apenas algún contacto en los momentos finales, durante la semana de su pasión y resurrección. Desde un punto de vista estrictamente histórico, hay que asumir que esta etapa fue la más duradera – y la más dura – de la vida de María: cuanto más tiempo su hijo vivía, menos le pertenecía. Por otra parte, como a cualquier madre.

De hecho, la tradición evangélica, parca como es en la transmisión de noticias en torno a la familia de Jesús, nos presenta un episodio, iniciado el ministerio de Jesús en Galilea, en el que es Jesús mismo quien contrapone públicamente sus parientes más cercanos con sus seguidores noveles (Mc 3,31-35; Mt 12,46-50; Lc 8,19-21; cf. Jn 7, 3-5). Jesús ya se ha decidido por una vida itinerante y ha abandonado Nazaret, su patria (Mc 6,1; Mt 13,54) y el hogar (Lc 9,58; cf. Mc 1,14-39), haciendo de Cafarnaúm su lugar de residencia (Mt 4,13; 9,1), donde tenía, al parecer, casa propia (Mt 13,1.36; cf. Mc 2,1; 3,20; 9,33).

El incidente, transmitido por los tres sinópticos, está de tal modo narrado que señala una neta ruptura entre Jesús y los suyos: familiares (Mc 3,20-21.31-35) y enemigos (Mc 3,22-30; cf. Mt 12,22-32; Lc 11,14-23) se unen en el rechazo temprano de Jesús y de su misión. La familia de Nazaret, con indudable interés por la persona de Jesús; los escribas de Jerusalén, con la frialdad de un razonamiento teológico. Sólo le quedan a Jesús sus discípulos, con los que compartir enseñanza, causa y sentimientos.

La escena se desarrolla en tres actos: el primero (Mc 3,20-21) sirve para situar la acción en una casa e insinuar que el tema del rechazo público de Jesús inicia en el seno de su propia familia. En el segundo (Mc 3,22-30) Jesús se defiende de la acusación de connivencia con Belzebú (Mc 3,22.30) con un discurso parabólico (Mc 3,23-27) que se cierra con una solemne toma de posición: no tendrá perdón quien lo rechace (Mc 3,28-29). El tercero (Mc 3,31-35) se centra en definir cuál es, para Jesús, su auténtica familia. El texto es fundamental: no solo queda situado algún tiempo después de que Jesús haya abandonado Nazaret (Mc 1,9), sino, sobre todo, implica un grave y público desaire que Jesús hace a su propia familia, estando ella presente.

> 20 *Llega a casa y de nuevo se junta tanta gente que no los dejaban ni*
> *comer.* 21 *Al enterarse su familia, vinieron a llevárselo, porque se decía*
> *que estaba fuera de sí.*

Jesús, que acaba de formar el grupo de los doce en un monte (Mc 3,13-14), regresa a casa, en Cafarnaún (Mc 3,20). La nueva localización, un hogar por él frecuentado, sirve para introducir el tema de la verdadera familia de Jesús. Se supone que lo acompañan sus discípulos, recién elegidos, aunque al redactor le interesa sólo señalar la presencia masiva de la muchedumbre (cf. Mc 3,32): tantos eran los que le acompañaban que ni comer podía. Presumiblemente, no era el número de personas, sino el cúmulo de trabajo lo que no dejaba libre a Jesús (cf. Mc 6,31).

El acoso al que está sometido llega a oídos de los suyos. No pueden entender las razones que impelen a Jesús a llevar semejante vida. No le interesa al narrador anotar cómo lo supieron. Prepara el encuentro posterior (Mc 3,31), dando a entender que salieron de Nazaret en su búsqueda. Llegarán hasta él tras una agria discusión con los escribas de Jerusalén (Mc 3,22-30; cf. Mt 12,22-32; Lc 11,14-23; 12,10). Llevaban la intención de traerse a Jesús consigo a la fuerza, regresarlo a casa y apartarlo, así, de cuanto estaba haciendo.

De hecho, es duro el juicio que la febril actividad de Jesús les merece: es inestable, «*está fuera de sí*». Semejante opinión pudiera encubrir la convicción

de que Jesús estuviera bajo dominio diabólico (cf. Mc 3,24-26).[7] Si no eso, lo menos que deja ver la afirmación es la incomprensión que Jesús, desde los inicios de su misión, encontró en su propia familia (cf. Jn 7,5).

La noticia, demasiado penosa como para ser inventada por la comunidad cristiana (de hecho, tanto Mateo como Lucas la omitirán), refleja bien la situación prepascual, en la que bastantes, familiares incluidos, no creyeron en la misión personal de Jesús (cf. Jn 7,3). La tradición evangélica es unánime en anotar el extrañamiento de Jesús de su familia durante su ministerio público. El hecho es del todo verosímil: metido tan de lleno en las cosas de Reino, Jesús pudo dar la impresión a sus más allegados de no estar del todo en sus cabales: lleno de Dios, fuera de sí; ocupado en el reino, no encontraba tiempo para cuidar de sí.

> 31 «*Llegan su madre y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron*
> *llamar.* 32 *La gente que tenía sentada alrededor le dice*: "Mira, tu madre
> y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan». 33 *Él les*
> *pregunta:* "¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?". 34 *Y mirando a*
> *los que estaban sentados alrededor, dice:* "Estos son mi madre y mis
> hermanos. 35 El que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi
> hermana y mi madre"».

La madre y los hermanos de Jesús reaparecen, apenas terminada la polémica sobre la posesión diabólica de Jesús. Como más tarde, en Mc 6,3, el narrador cita a María por su parentesco no por su nombre. La familia opta por quedarse fuera de la casa donde Jesús está hablando, y manda llamarlo para llevárselo a la fuerza (Mc 3,21), presumiblemente, al hogar familiar (cf. Mc 6,1-6). Su intención, aunque comprensible, los hace distantes: no buscan a Jesús, lo requieren; no lo siguen, quieren que les siga; no entran en su casa, desean que vuelva al domicilio familiar. Se quedarán fuera del hogar de Jesús…, y de sus afectos.

La noticia de la llegada de su familia le llega a Jesús en casa (Mc 3,20), rodeado de una multitud de oyentes que está sentada en torno suyo (Mc 3,32). Queda así aludida la diferencia de actitudes frente a Jesús: los familiares tienen que buscarle para verle; sus oyentes viven a su alrededor. Quien va por él, no lo tiene; quien lo escucha, se mantiene en su presencia.

La reacción de Jesús, ante el aviso de la presencia de su familia, comporta una afrenta, grave por ser pública. Preguntándose en público «*¿quiénes son mi madre y mis hermanos?*» (Mc 3,33), afirma desconocer a los que vienen y no aceptar sus pretensiones sobre él. Teniendo en cuenta lo dicho

[7] Entre los judíos la locura era consecuencia de posesión demoníaca (cf. Jn 7,20; 8,48.52; 10,20-21).

anteriormente (cf. Mc 3,20-21), aparece un motivo que explicaría el comportamiento de Jesús, tanto como el de su familia: ésta no logró comprender lo que estaba haciendo y se equivocaba al enjuiciarlo.

A la desautorización pública añade Jesús el menosprecio (Mc 3,34): no reconoce más familia que a cuantos en ese momento están a su alrededor oyéndole sentados. Los ha contemplado, antes de hablar: quiere que los identifique su corazón antes que sus palabras en público. Proclama así, frente a la familia carnal, su nueva familia. La ruptura con los suyos no puede ser más evidente, ni menos desconsiderada: "hasta aquí Jesús podía considerarse un buen judío-galileo, hijo de familia y hermano honorable. A partir de aquí inicia una 'aventura nueva' de creación de familia. Este es el momento clave de su decisión".[8]

La nueva familia de Jesús no nace de la sangre (cf. Jn 1,13). Ni siquiera puede Jesús elegírsela. No surge porque él lo diga, o de quienes prefiera su corazón. Suyos son los que hacen suyo el querer de Dios (Mc 3,35). Con tan rotunda aseveración Jesús aminora un tanto el conflicto familiar. No contrapone directamente familia a discípulos; los discípulos no han estado presentes siquiera en toda la escena. Ni mucho menos ataca a su familia carnal: ella puede llegar a serlo de verdad, si hace la voluntad de Dios. Jesús no opta por un grupo determinado, sino por todos los que lo toman en serio, se ocupan en escucharlo sentados y cumplen con Dios.

Pero no es menos obvio que se distancia de sus familiares y de sus adversarios, unos por creerse con derechos sobre él, aunque sean los derechos del corazón, y otros por creer que sirve a Satán, apoyándose supuestamente en lo que de Dios saben. En ambos casos, son sus antagonistas, porque se oponen al proyecto de Dios. No hay más que una forma de hacerse con el afecto de Jesús, hacer la voluntad de su Dios. Familiarizarse con el querer de Dios obtiene el querer de Jesús.

Quien oye hoy la afirmación de Jesús no tiene por qué envidiar ni a discípulos ni a familiares de Jesús: hacer la voluntad de Dios es 'evangelio', buena noticia, para quien se quiera seguidor de Jesús, porque lo convierte en uno de los suyos, su auténtica familia, no la que le ha sido dada por Dios, sino aquella por la que de los que, como él, optan por «*ocuparse en las cosas del Padre*» (Lc 2,49; cf. Mc 3,35; Mt 12,50; Lc 8,21).

[8] X. PIKAZA, *La familia en la Biblia*. Una historia pendiente, Verbo Divino, Estella, 2014, 347.

La 'nueva' familia de Jesús

"Entre los datos duros y seguros de la vida de Jesús se cuenta el hecho de que abandonara su puesto en la familia y en la aldea".[9] Pues bien, renunciar a la familia "tenía consecuencias dificilmente imaginables hoy". Al ser la vida familiar decisiva en la vida ordinaria de los individuos e imprescindible para su supervivencia, "la mayor pobreza consistía en carecer del apoyo de una familia, y no, como entre nosotros, en carecer de recursos económicos".[10] Quien renunciaba a la propia familia aceptaba el ostracismo social y la estigmatización personal. Fuera uno considera incluso profeta, si dejaba el hogar y la familia caía en la deshonra pública, que acarreaba verse privado de la solidaridad familiar y del reconocimiento social (cf. Mc 6,4; Mt 13,57; Jn 4,44; EvTom 31).

Así pues, en el mundo patriarcal y en la sociedad campesina en donde vivió Jesús de Nazaret, desentonaba fuertemente la actitud personal que mantuvo con su propia familia (Mc 3,20-21.31-35; 6,1-6a; Jn 7,3-5) y, no menos, la exigencia impuesta a sus seguidores de abandonar sus hogares y quebrar su vida familiar (Mc 1,19-20; 10,28-30; Lc 9,58-62; 10,52-53; 14,52). Porque una cosa era optar personalmente por la marginación social alejándose de la propia familia, medida en sí misma insólita y contracultural, y otra, bien distinta, imponer a quienes compartían vida y causa ese su estilo de vida, desarraigado y marginal, como consecuencia de haber roto con la propia familia.

Es cierto que no exigió a todos sus simpatizantes dejar hogar y familia. No lo es menos que a algunos, a los que seleccionaba personalmente, los llamó para que convivirán con él y fueran sus enviados (Mc 3,14-15; 6,7). Seguirle no era simplemente aprender de él, mientras con él se convivía; seguirle no tenía límite, ni temporal, no era una ocupación transitoria, ni local, implicaba el abandono de la propia casa, de la familia y del medio de vida.

Jesús no impuso a sus seguidores más cercanos nada que él no estuviera ya viviendo. Les invitó a compartir su proyecto personal y quiso que colaboraran con él para hacerlo realidad (Mc 1,16-18.19-20). Cuando habló de dejarlo todo (Mt 19,21), él ya lo había dejado (Mt 8,20). Dijo que habría que estar dispuesto a romper con la familia (Lc 14,25), cuando él ya no vivía con ella (Lc 8,19-20), ni, permaneciendo célibe, tenía mujer o hijos (Mt 19,12). Les advirtió que habrían de estar dispuestos a dar la propia vida (Mc 8,34), inmediatamente después de haber anunciado que él iba a hacerlo (Mc 8,31). No exigía renunciar a cuanto fuera objetivamente malo.

---

[9] G.THEISSEN, *El movimiento de Jesús.* Historia social de una revolución de los valores, Sígueme, Salamanca, 2005, 39.

[10] GUIJARRO, "Familia en el movimiento", 158.

Imponía abandonar lo que era bueno de verdad: bienes materiales (Mc 10,21; Mt 19,21; Lc 18,22), afectos familiares (Mc 10,28-30; Lc 12,51-53), la propia vida (Mc 8,35; Mt 10,39; Lc 9,24). Pero siempre, y solo, que lo exigiera el Bien por excelencia, Dios y su reino (Mc 8,35).

Seguirle a él y vivir junto, y como él, al servicio del reino tienen prioridad absoluta (Mt 12,30; Lc 11,23). No hay obligación por sacra que sea, que se les iguale, ni siquiera enterrar al propio padre (Mt 8,18-22; Lc 9,57-62). Él y el reino de Dios han de ser preferidos a cualquier otro bien. Jesús no soportaba que se compaginase el servicio a Dios con cualquier otra servidumbre (cf. Mt 6,33), por noble que realmente fuera. La dedicación a él y a su causa era sin reservas, ni dilaciones. Su causa, el reino de Dios, iba siempre en primer lugar: era innegociable e indemorable (cf. Lc 9,59-62). Una vez descubierto, obligaba a despojarse de cualquier otra ocupación o proyecto que lo obstaculizara (Mt 13,44-46).

Si la renuncia a la propia familia llevó a Jesús y a sus más discípulos más cercanos a una situación social de pobreza material, desarraigo social y desamparo permanente, compartir con ellos vida y causa fue posible porque Jesús los condujo a vivir en una nueva familia donde todos eran hermanos, y Dios solo el padre de todos (Mt 13,50; 23,8-9). La radical transformación que implicaba esa nueva forma de vivir en familia era consecuencia y prueba de la llegada del reino del Padre (cf. Lc 11,2), que se realiza cuando los hijos «*están en las cosas del Padre*» (cf. Lc 2,49). En Nazaret fue la voluntad del Padre quien proporcionó a su Hijo una familia (Lc 1,26-27; Mt 1,18); en Cafarnaún (Mc 3,20) fue la escucha de voluntad de Dios, proclamada por el Hijo, y su ejecución lo que fundó su nueva familia (Mc 3,35).

4. Conclusión

Queriéndonos salvar, Dios se encarnó, "nacido de mujer" (Gál 4,4), "hecho semejante a los hombres" (Flp 2,7). Es así como nos salvó, "y así es como nos muestra lo que salva".[11] La encarnación no es, pues, únicamente salvación ya realizada, *hecho* salvífico, es también *método* de salvación, el camino que Dios nos ha señalado para apropiárnosla.

1. Consecuencia de la decisión de Dios, que quiso asemejársenos para salvarnos, fue el dotarse de una familia. No le bastó a Dios hacerse *uno de nosotros*, es que *no* lo quiso ser *sin nosotros*. Hecho hombre, Dios

[11] BENEDICTO XVI, "Discorso nell'udienza alla Curia Romana in occasione della presentazione degli auguri Natalizi" (22.12.2005): *L'Osservatore Romano* (23 diciembre 2005), 6.

quiso aprender a ser *como nosotros,* teniendo que madurar como hombre en el seno de un hogar, "cuna de la vida y del amor en la que el hombre «nace» y «crece»".
Para el cristiano la familia, esa "escuela de humanidad más completa y rica", no es – en primer lugar – una opción estratégica que defender en la sociedad actual, por urgente que ello sea. Es, sobre todo, 'buena noticia' que vivir antes que anunciar, evangelio que testimoniar. *Es la experiencia familiar del Dios hombre lo que convierte a la vida de familia en el lugar de aprendizaje del creyente donde madura en humanidad y sabiduría al tiempo que crece su conciencia de hijo de Dios* (cf. Lc 2,49-52). En consecuencia, no queda al arbitrio del cristiano el vivir en familia su fidelidad a Dios; ni es electivo la promoción y defensa de la vida de familia en la sociedad en que vive.

2. Dicho lo cual, hay que añadir que el creyente no puede hacer de la vida de familia un absoluto innegociable, esa primacía solo corresponde a Dios Padre. Dios dio una familia a su hijo: nunca el don es mayor, ni mejor, que el Donante. Así lo vivió Jesús y es lo que exigió a los que llamaba
No llegaba aún Jesús a estrenar adultez, cuando se atrevió, y públicamente, a perderse como hijo de María y José, para reencontrarse en el Templo de Dios como su Hijo, dedicado a las cosas de su Padre. Y cuando ya adulto, se consagró por entero a ellas, el reino de Dios, no sólo abandonó patria chica y familia, sino que no reconoció más familia que a cuantos compartían vida y causa, conociendo y cumpliendo la voluntad de su Padre.
La familia de Nazaret fue el inapreciable don que Dios hizo a su Hijo para que madurara como hombre. Llegado a su madurez humana y filial, Jesús se liberó del don para dedicarse de lleno al Donante. *La familia, por cristiana que sea, no es dueña de los hijos; ha sido puesta al servicio de su crecimiento "en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres"* (Lc 2,52). En esa meta está su gloria.

3. El Dios de Jesús encuentra sus hijos entre quienes buscan su voluntad. Jesús mismo, y en presencia de su familia natural, es quien ha considerado hermano, hermana y madre, a quien se le hermana en el esfuerzo por buscar el querer de Dios y ponerlo por obra. *El creyente en el Dios encarnado construye su familia, hoy como ayer, a base de obediencia al Padre.* Tal fue el caso de Jesús, quien «*siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer*» (Heb 5,8). Tal, el de su madre, que empezó a serlo de Dios apenas se declaró su sierva (Lc 1,38.42).
Obediencia a Dios, que no el deber más sagrado ni los afectos más profundos, es el factor decisivo para convertirse en familia de Jesús. Si

optar por el reino, lo dejó huérfano, optar por Dios le restituyó una familia. No es que presentase, sin más, a sus discípulos como verdadera familia. Tampoco– ¡bien entendido! – renegó de la suya porque no le hubiera estado cercana durante su misión evangelizadora. *Jesús declaró, ante su familia carnal, cuál es el camino para familiarizarse con él: quien hace el querer de Dios se hace con su querer.* Los siervos de Dios son sus hermanos, sus hermanas y su madre; Jesús mantiene con ellos esas relaciones tan estrechas e indisolubles como las que se dan entre quienes nacieron del mismo vientre.

4. Llama la atención que Jesús, quien se arriesgó a desafiar los valores del parentesco y la vida de familia, imaginase a sus seguidores como una nueva comunidad en la que cohabitan personas que, sin estar vinculados por consanguineidad, conviven como si fuera una familia, es decir teniendo como inspiración y meta las relaciones de parentesco que se daban en el seno de una familia, en la que no hay más que un padre (Mt 23,9) y donde todos son hermanos (Mc 3,31-35; 10,28-30); donde la relación filial con Dios, confiada y constante, es siempre estimulada (Lc 11,9-13); y la imitación del Padre, ordenada (Mt 5,48; Lc 6,36); donde los adultos debían hacerse como niños (Mc 9,33-36; Mt 18,3-4; Lc 9,46-48) Mc 10,13-16) y los niños acogidos con preferencia (Mc 9,36-37; 10,13-16; Mt 19,13-15; Lc 18,15-17); donde el servicio mutuo (Mc 9,34-35) y el cuidado fraterno (Mt 5,21-24; 18,15.21-22) es inculcado y la rivalidad o la búsqueda de poder, terminantemente desaconsejada (Mt 20,20-28; Mc 10,35-45; Lc 22,24-27); donde no cabe la preocupación por vestir o comer (Mt 6,25-34; Lc 12,22-32) y, menos aún, el ansia de atesorar bienes para el día de mañana (Mt 6,33-34; Lc 12,33-34).

Si, concluyendo, tuviera que resumir cuanto dicho en una sola afirmación, diría que "el misterio de la Encarnación del Verbo en el seno de una familia nos revela" no sólo "que ésta es un lugar privilegiado para la revelación de Dios al hombre",[12] sino que *la aceptación del Dios revelado como Padre lleva a asumir una nueva forma de vivir en familia, donde los hijos han de ocuparse, primordialmente, de los asuntos del Padre.* Donde esté el Padre allí encuentran sus hijos el hogar y a sus hermanos.

Juan J. Bartolomé, sdb
Tlaquepaque, 24 octubre 2016

[12] SÍNODO DE OBISPOS, III Asamblea General Extraordinaria, *Los Desafíos pastorales sobre la familia en el contexto de la evangelización.* Instrumentum Laboris, n. 36.

PASTORAL JUVENIL SALESIANA Y FAMILIA: Herencia y líneas de futuro

FABIO ATTARD, SDB. CONSEJERO PARA LA PASTORAL JUVENIL DE LOS SDB

1. **INTRODUCCIÓN**
   - 1.1. Identidad
   - 1.2. Carisma
   - 1.3. Comunidad
   - 1.4. Propuesta
2. **EL CAMINO PASTORAL DE LA IGLESIA Y LA FAMILIA**
   - *2.1. Gaudium et Spes*
   - 2.2. Camino Sinodal
3. **VALDOCCO – FAMILIA COMO PARADIGMA PASTORAL**
4. **PARTIENDO DE *EVANGELII GAUDIUM***
   - 4.1. La historia como reto
   - 4.2. Una respuesta pastoral
5. ***AMORIS LAETITIA***
   - **5.1. Actitudes pastorales**
   - —Criterios pastorales
   - —La fecundidad del amor generativo
   - —Responder a la ausencia de paternidad y maternidad
   - —La familia es sujeto pastoral
   - —La gradualidad pastoral
   - **5.2. Opciones operativas**
   - —Comunidad
   - —Proyecto
   - —Acompañamiento: del ambiente, grupal, personal
6. **CONCLUSIÓN**

1. INTRODUCCIÓN

El tema que se me asignó – Pastoral Juvenil Salesiana y Familia– constituye para nosotros, miembros de la Familia Salesiana, una fuerte llamada que en estos momentos de la historia aparece sobre todo como un gran reto y una gran oportunidad. Es un tema que nos exige afrontarlo con una mentalidad pastoral muy precisa, animado por la dimensión profética fundada en la fe en Cristo, una mentalidad pastoral llena de esperanza e impulsada y alimentada por la caridad. Somos conscientes, o al menos deberíamos serlo, que podemos ser víctimas de la mentalidad de las quejas, que terminan por condenar más la oscuridad, que comprometerse en encender una vela. Nuestros tiempos son tiempos de una *misionariedad* alegre y optimista.

En cuanto Familia Salesiana, en el seno de la experiencia de la Iglesia, hacemos nuestra la invitación del Papa a sentir "*la necesidad de decir una palabra de verdad y de esperanza. (Creemos que) los grandes valores del matrimonio y la familia cristiana corresponden a la búsqueda que recorre la existencia humana*" (AL, 57). Creemos que hoy, más que nunca, como Familia Salesiana, tenemos una palabra que compartir, un proyecto que proponer, una experiencia pastoral que ofrecer. En esta perspectiva se explica la segunda parte del título: "herencia y líneas de futuro".

Para ello, partimos de una pregunta simple pero central: ¿desde dónde empezamos nosotros, miembros de la Familia Salesiana? ¿Qué llevamos en las mochilas de nuestra historia?

Seguramente no partimos de cero. Tenemos una historia, somos por tanto herederos de un camino: somos protagonistas de una experiencia pastoral que ahora se extiende por todo el mundo con sus diferentes presencias, con variadas propuestas sirviendo a los jóvenes, especialmente a los más pobres. Reconocemos también que en los últimos años hemos hecho una reflexión pastoral muy rica y la hemos compartido con toda la Iglesia.

Por este motivo, indicamos de manera sintética algunos puntos que condensan el marco de nuestro patrimonio y de nuestra propuesta, porque a partir de nuestro pasado, con sus ricas dimensiones - humanas, cristianas, carismáticas - nos sentimos animados a proseguir el camino en este nuevo territorio social y cultural, con estos jóvenes, con las familias, protagonistas todos juntos de la historia.

1.1. Identidad

Podemos decir que la Familia Salesiana es depositaria de una llamada con una precisa identidad: evangelizar y educar según un plan de promoción integral. Siendo la evangelización una obra compleja y multiforme[1], la entendemos como una experiencia animada por una preocupación de integralidad dentro de los procesos educativos. A través del compromiso y la atención en estos procesos ayudamos y acompañamos a los jóvenes hacia un crecimiento integral.

Para la Familia Salesiana la educación es el lugar humano donde el Evangelio se hace presente y donde adquiere una fisonomía típica. Tenemos espacios de acción que nos ponen en la feliz situación marcada, por un lado, por un humanismo sano e integral y, por otro, por la dimensión trascendente.

La identidad salesiana tiene un destino: cada joven es acompañado/a hacia la construcción de su personalidad, que tiene a Cristo como referencia fundamental. Nuestro presente es verdadero y bello en la medida en que nuestra identidad - evangelizar educando, educar evangelizando – sigue reforzándose y se alimenta de esta profunda e inseparable relación de la acción educativa con la acción evangelizadora.[2]

1.2. Carisma

Nuestra identidad no se desenvuelve a través de palabras y frases usadas, no conoce la improvisación suspendida en el aire. **Nuestra identidad es una identidad carismática**. Educamos y evangelizamos a través de una vida inspirada por el Sistema Preventivo. Don Bosco nos ha dejado un legado que se llama **Sistema Preventivo**. Es un proyecto educativo de promoción integral - razón, religión y bondad - que pone de relieve, al mismo tiempo, la riqueza humanística, el corazón esencialmente religioso del sistema, dentro de un ambiente que respira caridad - *ágape* - evangélica. El Sistema Preventivo es para nosotros, hijos e hijas de Don Bosco, un método para la acción, que se caracteriza por la centralidad de la razón, la razonabilidad

[1] "Ninguna definición parcial y fragmentaria puede dar razón de una realidad rica, compleja y dinámica como la de la evangelización, sin correr el riesgo de empobrecerla y hasta de mutilarla. Es imposible entenderla, si no se procura abarcar con la mirada todos los elementos esenciales," in *Evangelii Nuntiandi* n. 17; ver también *Redemptoris Missio* nn. 41-60.

[2] DON EGIDIO VIGANÒ, *Nuova Educazione*, Carta publicada en ACG n. 337, 1991.

de las exigencias y reglas, flexibilidad y capacidad de persuasión de las propuestas; de la centralidad de la religión entendida como el desarrollo del sentido de Dios inserto en cada persona y el esfuerzo por llevar la belleza de las buena nueva; de la centralidad de la amabilidad, amor educativo que hace crecer y crea correspondencia.

San Juan Pablo II, en 1988, centenario de la muerte de nuestro padre y maestro, en la carta *Iuvenum Patris* capta la esencia del carisma recordándonos que es un don para toda la Iglesia. La nuestra no es una responsabilidad para una custodia privatizada, sino eclesial, universal. Así escribe:

> Para San Juan Bosco, fundador de una gran familia espiritual, se puede decir que el rasgo peculiar de su "genio" está ligado al método educativo que él mismo denominó "sistema preventivo". Esto representa, en cierto modo, la quintaesencia de su sabiduría pedagógica y constituye el mensaje profético que ha dejado a los suyos y a toda la Iglesia, recibiendo atención y reconocimiento de numerosos educadores y estudiosos de pedagogía.[3]

1.3. Comunidad

Otra cuestión clave, y yo diría también fundacional de nuestra herencia educativa y pastoral, es la comunidad. Don Bosco no es un aventurero pastoral solitario. Desde el principio ha buscado y logrado construir a su alrededor una comunidad de educadores y pastores. Este es un tema que estará presente en diversas formas y en distintos momentos durante esta reflexión. Su importancia la resume muy claramente Don Juan Edmundo Vecchi:

> Cuando pensamos en el origen de nuestra Congregación y Familia, desde donde se inició la expansión salesiana, encontramos ante todo una comunidad, no sólo visible, sino también singular, atípica, casi como una luz en la noche: **Valdocco, hogar de la comunidad de origen y espacio pastoral conocido, extendido, abierto**. Llegaban, por interés o curiosidad, personajes del mundo civil y político, fervientes cristianos y eclesiásticos que veían en ella un despertar religioso, obispos del mundo.
>
> En esta comunidad, se elaboraba una nueva cultura, no en el sentido académico, sino en la dirección de las nuevas relaciones internas entre los jóvenes y educadores, entre los laicos y sacerdotes, entre los artesanos y estudiantes, una relación que fluía

[3] SAN JUAN PABLO II, Carta *Iuvenum Patris*, 31 enero 1988, n. 8.

en el contexto del barrio y la ciudad. Y, según lo que leemos, esta cultura planteaba interrogantes que llegaron a cuestionar la salud mental de Don Bosco.[4]

Comunidad, hogar, cultura - son palabras que todavía hoy constituyen para nosotros un tesoro, un legado, pero también un desafío, a saber, las líneas de futuro. Son palabras que nos ayudan a traducir nuestra identidad y carisma en las experiencias concretas en las que los jóvenes que encontramos en la calle, tirados y abandonados, sin presente, sin futuro y, en consecuencia, sin que puedan encontrar aceptación, apoyo, sentido de orientación. Son palabras que hoy nos sirven para proponer espacios y ambientes para padres y familias que se sienten perdidos y sin capacidad de comunicarse con sus propios hijos. Este es nuestro camino a Jericó. ¡Y no se nos permite mirar hacia otro lado y seguir adelante!

1.4. Propuesta

El cuarto elemento que completa nuestra herencia es precisamente el de la propuesta. Allí donde el Señor nos envía, allí donde nos encontramos con nuestras presencias, allí donde llegamos a crear comunidad y ambientes acogedores, estamos porque tenemos una palabra que decir, una experiencia que proponer. La nuestra es una propuesta que supone los tres elementos anteriores - identidad, carisma, comunidad - y las traduce en un camino de crecimiento integral. Hacemos todo lo posible para que los jóvenes que encontramos, personalmente y como grupo, descubran la belleza de creer, la alegría de mirar hacia arriba con la creencia de que la vida es un don, un espacio divino.

Estamos llamados a ayudar a los jóvenes a que hagan crecer su potencial educativo, la capacidad de la mente y de las manos. Ofrecemos a ellos y a sus familias un lugar donde no sólo nadie se sienta solo, sino más aún en que todas las personas, jóvenes y adultos, descubran que son el protagonista de las diversas experiencias de grupo con otras asociaciones. Por último, hoy buscamos conducir a todos los jóvenes hasta el punto de la hermosa pero difícil pregunta: ¿cuál es mi proyecto de vida? ¿Cuál es mi llamada en la vida, mi vocación?

Encerrada en estas cuatro dimensiones - *identidad, carisma, comunidad, propuesta* - encontramos nuestro patrimonio en sus grandes líneas. También

[4] DON JUAN EDMUNDO VECCHI, *Ecco il tempo favorevole*, Carta publicada en ACG 373, 2000.

encontramos la base para descubrir cómo en el camino de la Iglesia tenemos un don que custodiar que es también un regalo para profundizar en diálogo con los desafíos y oportunidades que llaman a nuestra puerta. Por esta razón, la llamada de la Iglesia sobre la familia constituye para nosotros hoy día algo muy serio y de profunda importancia. No se trata de hacer operaciones de estética, algún ajuste a nuestros horarios, un par de conferencias a cualquier grupo nuevo o viejo. Aquí estamos todos llamados a poner toda nuestra capacidad de soñar, todas nuestras energías pastorales para que nuestros jóvenes y la familia en su conjunto se sientan acogidos acompañados y protagonistas.

2. EL CAMINO PASTORAL DE LA IGLESIA Y LA FAMILIA

Tras esta ruta sintética en lo que es nuestro tesoro con todas las perspectivas que se nos presentan, llegamos a reflexionar sobre el tema de la familia a partir del camino de la Iglesia. Es importante aclarar de inmediato que el tema de la familia no es un spot publicitario. Este no es un tema que últimamente se ha puesto de moda. Por esta razón, permítanme hacer un viaje corto de cómo la Iglesia, dentro de la reflexión del Concilio Vaticano II, ha tomado en serio el tema de la familia.

No podemos perder la conexión con el camino de la Iglesia para entender cómo el desarrollo de la historia es el escenario mayor en el que el Señor nos está llamando. De lo contrario se corre el riesgo de que, después de tantas buenas palabras como decimos y diremos acerca de la familia, todo acabe siendo como el famoso proverbio italiano, ¡mucho humo, pero poco asado!

2.1. Gaudium et Spes

En el esquema de la Constitución *Gaudium et Spes* (GS) vemos cómo las dos partes del documento tratan, en primer lugar, *La Iglesia y la vocación de la persona humana* (parte I), y luego *Algunos problemas urgentes* (parte II). Es importante señalar que el primer tema tratado en la parte II tiene el siguiente título: **Dignidad del matrimonio y de la familia y su valorización.**

Sin entrar en los diversos puntos con los que desarrolla el tema, observamos cómo el primer reto, la primera preocupación que los Padres del Concilio Vaticano II han identificado, es la del matrimonio y la familia. Y aquí es importante mencionar cómo en la GS la familia es *un sujeto activo, que tiene*

una misión que cumplir y que debe ser ayudada por todos los miembros de la sociedad. GS no habla de la familia como si fuera un problema, o como un paciente que necesita cuidados. ¡Este aspecto no lo debemos olvidar nunca!

En su diálogo con el mundo, que es el eje de la GS, el matrimonio y la familia son el primer desafío. Sólo después se tratan los temas de *la promoción de la cultura, la vida económica y social, la vida de la comunidad política y la promoción de la paz y de la comunidad de naciones*.

2.2. Camino sinodal

Si nos fijamos en los acontecimientos que han ocurrido en los años que siguieron al Concilio Vaticano II, hay una creciente atención de la Iglesia sobre el tema de la familia. Basta tener en cuenta cómo después de los dos sínodos de los años 70, uno sobre la evangelización, con la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi,* y el siguiente sobre la catequesis, de la que surgió la exhortación apostólica *Catechesi Tradendae*, nos encontramos con que inmediatamente siguió el sínodo sobre la familia, con exhortación apostólica *Familiaris consortio.*

Este desarrollo del camino de la Iglesia es un testimonio del hecho de que desde el momento en que la Iglesia se reconoce como portadora de una buena noticia, mira inmediatamente a la comunidad conyugal y familiar, ya que con ella "el bien de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente conectada "(GS, n. 47). La Iglesia ve a la familia como el lugar privilegiado donde "*las distintas generaciones se encuentran y se ayudan mutuamente a alcanzar una mayor sabiduría humana y a armonizar los derechos de la persona con las demás exigencias de la vida social,* ***es en realidad el fundamento de la sociedad***" (GS n. 52).

En los últimos años, vemos una vez más un camino pastoral similar, dentro del cual se repite como prioritaria la atención a la familia. Tras el Sínodo de **La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana**, 2012, recibimos la Exhortación Apostólica ***Evangelii Gaudium***, como programa pastoral para la Iglesia, que abre el camino a dos sínodos sobre el tema de la familia: *Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización* (octubre de 2014), y *La vocación y misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo* (octubre de 2015). La exhortación apostólica ***Amoris Laetitia*** es el mapa que nos ayuda a trazar las líneas pastorales en los próximos años.

Dos breves notas sobre esta trayectoria experimentada por la Iglesia en los últimos 50 años**: la primera es que la familia se presenta siempre como el primer desafío pastoral de la Iglesia**. Este retorno repetido de la familia es una indicación clara para nosotros que tal desafío pastoral no es un tema que pasa, no es una moda. Nos encontramos ante una llamada permanente que, como miembros de la Familia Salesiana nos interroga profundamente. La segunda nota: **el camino post-Vaticano II se caracteriza por un proceso de enriquecimiento pastoral gradual**: la familia como protagonista, la familia como una experiencia de acompañamiento. En este desenvolvimiento del tiempo y de la historia, la Iglesia se hace cada vez más presente con la humildad del peregrino.

La línea del Concilio Vaticano II y de cómo ésta ha madurado en el recorrido de los diversos sínodos debe servir como luz y como paradigma. De hecho, es precisamente la familia lo que el Papa Francisco nos pidió considerar cómo "**necesidad ineludible**" en su carta al Rector Mayor en el bicentenario del nacimiento de Don Bosco:

> Hoy más que nunca, frente a lo que el Papa Benedicto XVI ha indicado en varias ocasiones como "emergencia educativa" (*cf. Carta a la diócesis y la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación, 21 de enero de 2008*), invito a la Familia Salesiana a favorecer una efectiva alianza educativa entre los diferentes organismos religiosos y laicales para caminar con la diversidad de los carismas en favor de la juventud en los diversos continentes. **En particular reclamo la ineludible necesidad de implicar a las familias de los jóvenes. No puede haber una eficaz pastoral juvenil sin una válida pastoral familiar**.[5]

3. VALDOCCO – FAMILIA COMO PARADIGMA PASTORAL

Revisando los primeros años de experiencia pastoral de Don Bosco en Valdocco, observamos que la familia no puede considerarse como un sujeto pastoral verdadero y propio tal como la conocemos hoy en día. La vemos, más bien, en la comprensión más amplia de lo que ahora llamamos "la imaginería pastoral colectiva". Y es esta forma de entender la familia la que subyace en la propuesta

[5] PAPA FRANCISCO, *Como Don Bosco, con los jóvenes y para los jóvenes*, Carta del Santo Padre Francisco al Reverendo Don Ángel Fernández Artime, Rector Mayor de los Salesianos en el Bicentenario del Nacimiento di San Juan Bosco, 24 de junio 2015.

educativa-pastoral de Don Bosco. **La experiencia de Valdocco tenía a la familia como paradigma pastoral**.

Al comentar las primeras opciones de Don Bosco sobre la educación de los jóvenes Pietro Braido dice que la propuesta formativa estaba estrechamente relacionada con el impacto educativo que un tipo de ambiente particular podía ofrecer. El oratorio era este ambiente. El oratorio de Valdocco hacía desencadenar procesos de educación integral que tenían sus raíces en el paradigma "familia".

En su comunidad de inspiración cristiana y sin familia encontraban la dulzura de un hogar, la seguridad de la paternidad y de la hermandad en la persona del director y de los educadores, la alegría de la amistad, las perspectivas de una inserción significativa en la sociedad con una cultura y una capacidad de trabajo digno y rentable; junto con un estilo general de alegría garantizada por un sinfín de manifestaciones que el genio educativo sabía inventar: juego, teatro, excursiones, música, canto. Por eso Don Bosco especificaba el "programa de vida" en alegría, estudio, piedad.[6]

A partir de estos orígenes, será muy esclarecedor hacer la conexión necesaria entre tal propuesta carismática y la que fue la experiencia de Don Bosco en su familia de origen en I Becchi[7].

Braido se esfuerza en señalar que **la familia,** *"escuela del seno materno",* **es la primera matriz de la personalidad de Don Bosco**". La suya fue una vida familiar "influenciada por la precoz "ausencia" del padre, muerto cuando su hijo no tenía todavía dos años, por la presencia de un hermanastro mayor de siete años y la abuela paterna". En el centro de todo se encuentra una presencia "**determinante, una madre de gran solidez humana y espiritual, la verdadera "madre paterna**".[8]

Si hablamos de elementos pedagógicos, la figura de Mamá Margarita resulta esencial en el crecimiento de su hijo:

Margarita Occhiena es la primera educadora y maestra de "pedagogía". Después de casi 60 años le escribe, que "su mayor atención fue la de instruir a

[6] P. BRAIDO, *Don Bosco prete dei giovani nel secolo delle libertà*, vol. I, Roma, LAS 2003, p. 233. (En adelante *Don Bosco sacerdote de los jóvenes*).

[7] P. BRAIDO, *Prevenire non reprimere*, Roma, LAS 1999, pp. 138-139. (En adelante *Prevenire non reprimere*).

sus hijos en la religión, tenerlos obedientes y ocupados en las cosas adecuadas a su edad.[9] " En la familia, aprendió, en primer lugar, el hábito de la oración, el deber, el sacrificio; en su momento, dirigido por la madre, la práctica del sacramento de la confesión a la edad de la razón. A esto se sumaron poco a poco un modesto inicio a la lectura y la escritura[10].

En la misma línea se expresa Don Egidio Viganó en una de sus cartas, en el tema de la familia cuando escribe sobre la relación entre el crecimiento del carisma de Don Bosco en Valdocco y la experiencia de la propia familia de origen:

> Este estilo simpáticamente "familiar" tiene su origen en la vida misma del Fundador, en la experiencia de su familia guiada por mamá Margarita. Su heroico traslado a Valdocco sirvió para impregnar el ambiente de aquellos pobres muchachos del mismo estilo de familia, de la que ha surgido la sustancia del sistema preventivo, y de muchos métodos tradicionales afines a ella. Don Bosco había experimentado que la formación de su personalidad estuvo vitalmente enraizada en el extraordinario clima de la dedicación y la bondad ("don de sí") de su familia en I Becchi, y quiso reproducir las cualidades más significativas en el Oratorio de Valdocco entre los jóvenes pobres y abandonados[11]

Es útil recordar aquí una reflexión de Aldo Giraudo en un artículo con el título: *El modelo de familia en la visión y la experiencia de Don Bosco*[12], porque comenta ulteriormente esta relación entre la experiencia de Valdocco y su familia de origen. Escribe:

> Se desprende claramente la relación entre la obra de Don Bosco y la familia, entre la misión específica de esta y la de los Salesianos, en dos niveles. En primer lugar las Memorias del Oratorio nos dan a entender que la experiencia educativa y relacional experimentada por Juan Bosco se ha convertido en un recurso e inspiración para la

---

[8] *Id*, p. 138.
"Memorias del Oratorio di san Francisco de Sales del 1815 al 1855", en *Fonti Salesiane*, Roma, LAS 2014, p. 1175.

[10] P. BRAIDO, *Prevenire non reprimere*, p. 139. Ve también P. Braido, *Don Bosco prete dei giovani*, vol. I, p. 321, especialmente nota 75: P. Cavaglià – M. Borsi, *Solidale nell'educazione. La presenza e l'immagine della donna in don Bosco*. Roma, LAS 1992, pp. 91-103, *Realtà e simbolo di una madre. Margherita Occhiena nelle Memorie dell'Oratorio.*

[11] DON EGIDIO VIGANÒ, *Nell'Anno della Famiglia*, Carta publicada in ACG n. 349, 1994; hay que recordar también la reflexión ofrecida por DON PASCUAL CHÁVEZ en la Carta publicada en ACG 394, 2006, che trae el comentario del AGUINALDO del 2006: *Asegurar una especial atención a la familia, que es la cuna de la vida y del amor y lugar primero de humanización.*

[12] A. GIRAUDO, *Il modello famigliare nella visione e nell'esperienza di don Bosco*, in http://www.donboscoland.it/articoli/articolo.php?id=2140

> obra del Oratorio, por su método y su estilo de relación: la positiva figura de la madre, pero también la traumática pérdida del padre, que se resolvió en Don Bosco en una conciencia más aguda de la importancia y el papel de la figura del padre; y la singularidad de las relaciones familiares, el ambiente acogedor y de intimidad confidente, el espíritu de adaptación y de pertenencia que caracterizan a una familia humana se convierten en un recurso e inspiración para la familia educativa del Oratorio (modelo inspirador de toda obra salesiana). En segundo lugar, la obra de Don Bosco nace en un contexto histórico específico y en relación con un tipo de familia históricamente connotado para compensar la ausencia de una familia o para apoyar y complementar el papel de la familia en el cuidado de las necesidades básicas de los jóvenes, en su necesidad de afecto, formación humana y cultural, la educación religiosa y moral y espiritual con el fin de ayudarles a alcanzar su vocación personal y prepararlos para la vida y para participar en la sociedad y en la iglesia como miembros activos y útiles. Este lazo es no sólo un dato de hecho, sino que parece constitutiva e importante para la identidad, la fecundidad de la presencia salesiana y su misión en la historia.

Este apunte a la comprensión de la familia en la vida, en la mente y corazón de Don Bosco, nos da un punto de partida para descubrir las inspiraciones que nos iluminan hoy para vivir los nuevos retos en estas nuevas zonas pastorales.

4. PARTIENDO DE LA EVANGELII GAUDIUM

No podemos dejarnos conducir por la **Amoris Laetitia** si no se parte de la **Evangelii Gaudium**. Ofreciéndonos el Papa Francisco *la Evangelii Gaudium* nos ha pedido un esfuerzo y empeño claros, hacia ese objetivo que él llama la "pastoral en conversión":

> Soy consciente de que hoy en día los documentos no despiertan el mismo interés que en otras épocas, y se olvidan rápidamente. No obstante, destaco que lo que quiero expresar aquí tiene un significado programático y consecuencias importantes. Espero que todas las comunidades tengan el **propósito de aplicar los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están**. Ahora no necesitamos una "simple administración." Constituyámonos en todas las regiones de la tierra en un "estado permanente de misión" (EG, n. 25).

A partir de esta invitación, nos preguntamos: ¿cuáles son las opciones que tenemos que tener en cuenta para que nos sostengan en el camino pastoral? ¿Por dónde empezar para que nuestra respuesta no sea una fotocopia pobre y

débil de una acción que no dice nada nuevo en nuestros días? En resumen podemos destacar dos aspectos que acompañan a este viaje: la historia como reto, y el modelo de nuestra respuesta pastoral.

4.1. La historia como reto

El Señor nos envía a vivir su amor y dar testimonio de la buena noticia del Evangelio "hoy", "aquí" y "ahora". La historia que estamos llamados a conocer y abrazar es esta, no otra. La nuestra es una época en la que todo lo que es institución o institucional está pasando por **cambios importantes y rápidos** nunca antes vistos anteriormente, "la familia está pasando por una profunda crisis cultural, como todas las comunidades y las relaciones sociales" (E G, n. 66). En este momento vivir la **conversión pastoral** significa actuar para hacer posible a tantas personas que encontramos de disfrutar de "una comunión que cure, promueva y fortalezca los vínculos interpersonales... Nosotros, los cristianos insistimos en la propuesta de reconocer al otro, sanar las heridas, construir puentes, formar relaciones, y ayudarnos a "llevar los unos las cargas de los otros" (Gal 6,2) "(E G, n. 67).

En estos dos puntos, el cambio que hace época y la invitación a convertirse pastoralmente, tenemos un resumen del reto que aceptamos con realismo, pero también con determinación e inteligencia.

No es el momento de las quejas sino del valor pastoral. La trampa de "lamentos autodefensivos" siempre está ahí, pero hay que evitarla con la dignidad y la nobleza de los que creen que **el presente es el tiempo de Dios**, que aquello de lo que somos portadores y portadoras es una propuesta resultado de una creatividad misionera, respuesta a la llamada de Dios (cf. AL 57).

4.2. Una respuesta pastoral

Esta es la pregunta que seguramente llevamos en nuestro corazón: ¿cómo hacer frente a este desafío? ¿Cómo vivir esta llamada en una sociedad cambiante, una sociedad fluida?

En el capítulo IV de la Evangelii Gaudium el Papa Francisco ofrece una amplia reflexión sobre la **dimensión social de la evangelización**. Es un capítulo muy interesante de cómo no sólo no se nos permite hacer caso omiso de los acontecimientos históricos que el tiempo y la historia contienen, sino todo lo contrario: es precisamente en el interior de los acontecimientos humanos,

donde se encuentren las líneas de fractura entre el pasado y el futuro, entre lo viejo y lo nuevo, entre lo conocido y lo desconocido, es aquí donde estamos llamados a estar presentes con la palabra liberadora del Evangelio. Nosotros, miembros de la Familia Salesiana, estamos presentes en esta fase histórica con una propuesta educativa integral.

EG, n. 236, nos ofrece el modelo del poliedro a través del cual miramos e interpretamos los acontecimientos históricos con el fin de ofrecer propuestas validas, que dan luz y ofrecen futuro:

El modelo es el poliedro:

i. Refleja **la confluencia de todas las parcialidades** que en él conservan su originalidad.
ii. Tanto la acción pastoral como la acción política buscan recoger en este poliedro **lo mejor de cada uno**.
iii. Allí se insertan los **pobres**, con su **cultura**, sus proyectos y su propio **potencial**.
iv. Incluso **la gente** que puede ser **criticada por sus errores**, tienen algo que aportar que no debe perderse (EG, n. 236).

En cuatro breves puntos tenemos el vocabulario que nos ayuda y nos acompaña para la lectura de *Amoris Laetitia*: confluencia, sinergia, pobres, excluidos. Estas son palabras que nos obligan a salir de nuestras zonas cómodas - zonas de confort - donde "siempre lo hemos hecho así":

i. Las personas que encontramos en la búsqueda de convergencias con sus historias y heridas, sino también con sus pequeñas o grandes riquezas;
ii. Las sinergias que logramos facilitar entre los diversos actores que están comprometidos en el territorio en beneficio de los jóvenes y la familia, donde cada uno/a aporta lo mejor de sí;
iii. La pronta acogida del que es pobre, del que se siente solo y abandonado, pero que no quiere decir que no tenga sueños y proyectos futuros;
iv. Junto a la capacidad de ver el bien escondido en el corazón de cada mujer y cada hombre, niña y niño, incluso las personas más difíciles, la gente que puede parecer fuera de los patrones sociales, culturales y religiosos.

Son éstas las líneas, no uniformes, no del todo precisas, que en su conjunto conforman el poliedro pastoral.

Si nos fijamos bien en la propuesta de Don Bosco en Valdocco, notamos una configuración pastoral muy similar. Hacia 1862, escribiendo sobre la juventud del oratorio, la ve, como él dice, "en tres clases": traviesos, disipados, y buenos. Lo que nos interesa hoy es ver cómo ante los casos difíciles, los "díscolos", que hoy llamaríamos "los rechazables" de la sociedad, Don Bosco es capaz de lanzar una mirada de compasión, ofrece un espacio de inclusión y proporciona una oportunidad de futuro. Todo lo hace favoreciendo un ambiente en el que el corazón del buen pastor, el corazón sin prejuicios y con la mente abierta, hace verter el bien escondido en el corazón de cada ser humano.[13]

5. AMORIS LAETITIA

Con las claves de lectura de la *Evangelii Gaudium* intento leer la *Amoris Laetitia* a través del filtro del carisma salesiano. Los tres apartados que siguen pueden orientar nuestros caminos pastorales en la plena consideración del hecho que somos hoy varios los grupos de la Familia Salesiana en situaciones sociales y culturales diversas, con accesos y métodos pastorales típicos de cada grupo.

Estos tres puntos son como tres indicaciones que tienen como finalidad: primero examinar los puntos de partida, es decir nuestras actitudes pastorales; segundo pedirnos examinar cuáles son los criterios y objetivos que sostienen nuestra visión pastoral; tercero, estudiar bien cuáles son las opciones que actualizamos para que nuestras justas actitudes pastorales junto a los criterios

[13] "Los *buenos se conservan y progresan en el bien de modo maravilloso. Los disipados, los ya habituados a divagar, a trabajar poco, logran también un buen resultado con el arte, con la asistencia, con la instrucción y con la ocupación. Los díscolos dan mucho trabajo; si se les puede hacer que tomen un poco de gusto por el trabajo, generalmente se les puede salvar. Con los medios indicados se podrán obtener algunos resultados que se pueden expresar así: 1º que no se vuelvan peores; 2º muchos se vuelven sensatos y por tanto dispuestos a ganarse el pan honestamente; 3º aquellos mismos que bajo vigilancia parecían insensibles, con el tiempo se vuelven, si no en todo, al menos en parte, más manejables. Se deja al tiempo que vuelva aprovechables los buenos principios que pudieron conocer cómo se deban practicar*," in "Cenni storici intorno all'Oratorio di San Francesco di Sales", in *Fonti Salesiane*, Roma, LAS 2014, p. 40.

y objetivos que nos prefijemos alcancen la meta deseada: el bien de los jóvenes y de la familia.

5.1. Actitudes pastorales

Ante los desafíos pastorales que todos nosotros quisiéramos encontrar, es fundamental empezar con la pregunta: ¿cómo estamos leyendo los desafíos? ¿Cuál es nuestra actitud de fondo en este escenario: cercanía o distancia, escucha o juicio, empatía o rechazo, compasión o sentido de superioridad, prontitud al servicio o prontitud a servirnos?

En Amoris Laetitia, cap 2, el Papa Francisco nos indica algunos desafíos sobre nuestro camino. Pero lo que nos impresiona más es cómo el Papa ofrece estos desafíos. Su intento es el de ayudar a ver los desafíos como ventanas hacia las oportunidades que nos aguardan.

A. Ante todo, debemos estar dispuestos a leer el escenario que se nos presenta con los "cambios antropológicos-culturales, en razón de los cuales los individuos son menos apoyados que en el pasado por las estructuras sociales en su vida afectiva y familiar" (n 32) junto al "creciente peligro representado por un individualismo exasperado que desnaturaliza los lazos familiares" (n. 33). Aquí hay un primer irrenunciable compromiso de cada persona llamada a asumir la tarea pastoral. **Leer la historia de donde son enviados**. Escuchar el pulso del territorio es un signo de cercanía y de interés de nuestra parte que queremos ser peregrinos con los jóvenes y las familias. La falta de lectura del escenario donde el Señor nos envía es ya una primera señal preocupante. Por el contrario, tal vez será la señal que daremos a través de nuestra actitud de escucha, de apertura y disponibilidad.

B. Como pastores y educadores de los jóvenes, **hay que evitar una lectura pastoral superficial** que corre el riesgo de llevarnos a un callejón sin salida, de pesimismo. Un elemento importante de nuestra educación salesiana es la capacidad de facilitar "una personalización que pone el acento en la autenticidad en lugar de reproducir comportamientos preestablecidos." Nosotros llevamos y vivimos la gran propuesta que lleva a los jóvenes a metas altas, una disciplina personal que les permite madurar lo mejor de sí: "la libertad de elegir les permite proyectar sus vidas y cultivar lo mejor de sí mismos, pero, si no tiene objetivos nobles y disciplina personal, degenera en una incapacidad

de entregarse generosamente" (n 33)... Una lectura pastoral superficial hace perder esta perspectiva de la plenitud humana.

C. Junto a esta actitud pastoral que promueve una lectura saludable de la situación, el Papa sugiere **el valor del testimonio y la palabra**. Se nos exhorta a no ser *renunciadores*. Los desafíos son como las llamadas, que deben ser tomadas con inteligencia y administradas con creatividad pastoral: "como cristianos no podemos renunciar a proponer el matrimonio a fin de no contradecir la sensibilidad actual, estar a la moda, o por sentimientos de inferioridad frente a la degradación moral y humana. Estaríamos privando al mundo de valores que podemos y debemos ofrecer"(n.35). Encontrar el equilibrio no significa hacer concesiones, sino trazar caminos en los corazones de la gente, un corazón que está buscando testigos auténticos que viven lo que creen.

D. En relación con el valor del testimonio y la palabra, el Papa no habla ni de actitud militante, ni menos de cruzadas. Si bien es justa la denuncia, para nosotros, el camino a seguir no es el de la lógica de la "imposición de reglas con el poder de la autoridad" (35). En este momento histórico "se nos pide un esfuerzo más responsable y generoso, que consiste en **presentar las razones y motivos para optar a favor del matrimonio y la familia**, de modo que la gente esté más dispuesta a responder a la gracia que Dios les ofrece" (n. 35). Y esto es un trabajo exigente que requiere mucha reflexión.

E. El párrafo n. 40 **nos pide refinar la capacidad de encontrar el lenguaje adecuado para los jóvenes**. Nos atrevemos a llamar al párrafo nº. 40 "**párrafo salesiano**", ya que nos obliga a reconocer la "necesidad de encontrar las palabras, las razones y evidencias para ayudarnos a tocar las fibras más íntimas de los jóvenes, donde son más capaces de la generosidad, compromiso, amor e incluso de heroísmo , invitándoles a aceptar con entusiasmo y coraje el desafío del matrimonio" (n. 40).

Y esto no es sólo una cuestión de palabras, sino más bien de hacer madurar una visión pastoral con los procesos que "**hablan de los jóvenes**" y "**hablan a los jóvenes**." Aquí el vocabulario no lo vamos a buscar nosotros para ellos. Aquí el vocabulario ya está inscrito en el modo con el que afrontamos el reto, cómo lo leemos, cómo lo respondemos. Aquí el vocabulario lo tenemos que aprender desde el interior de nuestra autenticidad, y también desde el interior de nuestra humildad para ponernos en su propia longitud de onda. Si estamos

"físicamente" lejos de los jóvenes, estamos no sólo somos "efectivamente" lejanos, sino probablemente también "afectivamente" distantes. Aquí la discusión sobre el lenguaje de los jóvenes toca toda la esfera de la asistencia salesiana que sigue siendo uno de los secretos más geniales y más actuales de Don Bosco.

F. He aquí, pues el último desafío que el Papa Francisco comenta varias veces en diferentes partes de la exhortación: el reto para una **creatividad misionera, no de quejas, sino de esperanza y profecía**:

Las realidades que nos interesan son los desafíos. No caigamos en la trampa de agotarnos en gemidos autodefensivos, en vez de despertar una creatividad misionera. En todas las situaciones, la Iglesia siente la necesidad de decir una palabra de verdad y de esperanza. [...] Los grandes valores del matrimonio y la familia cristiana se corresponden con la búsqueda que atraviesa la existencia humana (n. 57).

Con este sano optimismo radicado en la llamada, las dificultades que constatamos son "una invitación a liberar en nosotros las energías de la esperanza traduciéndolas en sueños proféticos, acciones transformadoras e imaginaciones de la caridad" (n. 57).

Para todos nosotros como grupos de la Familia Salesiana, antes de cualquier paso hacia una propuesta que se formula, es urgente y esencial **encontrar el espacio de reflexión y oración para purificar, probar y fortalecer nuestras actitudes pastorales**. Con estas opciones básicas, estas actitudes pastorales, vivimos y nos enfrentamos a nuestro llamamiento a "la luz de la parábola del sembrador (Mt 13.3 a 9), (siendo) nuestra tarea (la) de cooperar en la siembra: el resto es obra de Dios "(n. 200).

Sólo con esta lógica, como Iglesia, lograremos "familias con humilde comprensión, (con) el deseo de acompañar a todas y cada una de las familias para que puedan descubrir la mejor manera de superar las dificultades que encuentren en su camino" (n. 200). Oración y reflexión para saber insertar en la lógica de Dios, pero también en la historia de las personas. Reflexionar para responder de una manera que supere una común y peligrosa superficialidad pastoral, ya que "no basta insertar una genérica preocupación por la familia en los grandes proyectos pastorales" (n. 200). Sobre esto, sin embargo, volveremos más adelante.

5.2. Criterios pastorales

Tales actitudes conducen a una serie de criterios que a su vez dan lugar a propuestas pastorales. En esta parte ofrecemos algunos criterios pastorales tomados de los **capítulos 5, 6, 7 y 8 de Amoris Laetitia**. Como sugiere el Papa al inicio de la Exhortación Apostólica, se espera que este documento será considerado como **un instrumento para el estudio y la reflexión, ya que no es un manual de respuestas, sino más bien una invitación a escuchar y ponernos al servicio.**

a. La fecundidad del amor que genera

Un primer criterio pastoral es partir de la comprensión del amor en la **lógica de la fertilidad en el sentido más amplio posible**. El amor genera, el amor hace fecundo donde quiera que se acepte vivirlo. Nos preguntamos: en los procesos educativos-pastorales ¿qué significa para nosotros interpretar nuestra acción y testimonio en la lógica del amor que da la vida? ¿Qué significa para nosotros, agentes de pastoral, hacer nuestro propio desafío de "descubrir la dimensión más gratuita del amor, que nunca deja de sorprendernos" (n. 166)? ¿Cómo reflejamos en nuestros planes pastorales "la primacía del amor de Dios, que siempre toma la iniciativa, porque los niños son amados antes que hayan hecho nada para merecerlo"? (N. 166) ¿Qué tipo de imaginación pastoral debe madurar para venir al encuentro de "muchos niños que desde el principio son rechazados, abandonados, despojados de su infancia y su futuro" y que crecen con la sensación de que "fue un error hacerlos venir al mundo"? (N. 166).

Estas son preguntas que deberán tenerse en cuenta dentro de los diferentes procesos educativos y pastorales y ante los cuales debemos al menos reaccionar. Nuestros criterios pastorales necesitan nutrirse de ideas y convicciones fuertes, pero también dejarse desafiar por preguntas incómodas. Si no corremos el riesgo de hacer muchas cosas, sin saber el "por qué", ni el "dónde" ¡ni siquiera el hacia dónde! La lógica de la fecundidad, la comprensión del amor que es generativo, dan sentido y dirección a las opciones pastorales, tanto a corto como a largo plazo.

b. En respuesta a la ausencia de paternidad y maternidad

Un segundo criterio que debe iluminar nuestra reflexión pastoral es el siguiente: "**captar y responder a la ausencia de paternidad y maternidad**". Y aquí nos dejamos interpelar por el reto de la falta de modelos para los que, por un lado,

nuestros jóvenes y muchachos están tratando de superar sus orfandades, mientras que por el otro, nos encontramos con la desorientación de muchos padres que se encuentran sin un vocabulario con el que conectarse con el mundo de sus hijos.

¿Qué significa para nosotros hoy en día encontrarnos en estas líneas de falla, en esta tierra de terremoto y desintegración? ¿Cuáles son las respuestas que podemos ofrecer a través de procesos y propuestas educativo-pastorales? Aquí viene la necesidad de un análisis exhaustivo, que, mientras encuentra e interpreta esta sensación de vacío y de búsqueda, también será una reflexión que propone caminos y decisiones pastorales.

c. La familia es sujeto pastoral

Yendo más al centro de nuestra experiencia pastoral, y a la luz de cuanto hemos compartido hasta ahora, nos es de ayuda profundizar el **capítulo 6 de la Amoris Laetitia**, de la que comento el tercer criterio que creo de suma importancia: las familias son los principales sujetos de la pastoral familiar:

> Los Padres sinodales han insistido en que las familias cristianas, por la gracia del sacramento del matrimonio, son el tema principal de la pastoral de las familias, especialmente proporcionando el testimonio alegre de las parejas casadas y las familias, las iglesias domésticas. Por lo que han hecho hincapié en que se trata de experimentar que el Evangelio de la familia es la alegría que llena el corazón y toda la vida, porque en Cristo somos liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento (n. 200).

Esta llamada es un criterio pastoral de primera importancia, si realmente queremos que nuestra consecuente propuesta pastoral sea veraz, actualizada y significativa. En la medida en que nos imaginamos a la familia como el personaje principal, a continuación, podemos superar la superficialidad pastoral ya mencionada, con el fin de ir más lejos, llegando en realidad a ser constructores y testigos de los procesos pastorales.

Con razón, pues, Francisco nos advierte que "no es sólo entrar en una preocupación general por la familia en los grandes proyectos pastorales. Porque las familias pueden ser sujetos cada vez más activos de la pastoral familiar, se requiere un esfuerzo de evangelización y catequesis dirigida hacia dentro de la familia "(n. 200).

Y aquí la exhortación apostólica, n. 201, nos llama a que "la conversión misionera" en los que entendemos que "no se debe parar en un anuncio puramente teórico y alejado de los problemas reales de la gente." Aquí hay tres pautas muy claras de las que dos pueden servir como examen de conciencia personal y comunitaria, así como para una evaluación tranquila pero sincera de nuestras propuestas pastorales:

i. La pastoral familiar debe ayudar a otros a experimentar que el Evangelio de la familia es la respuesta a las expectativas más profundas de la persona humana: su dignidad y al cumplimiento completo en la reciprocidad, en la comunión y la fecundidad;
ii. Vale la pena destacar la necesidad de una evangelización que debe denunciar con franqueza los condicionamientos, culturales, sociales, políticos y económicos;
iii. Se debe desarrollar el diálogo y la cooperación con las estructuras sociales, y debe ser impulsado y apoyado por los laicos que están comprometidos como cristianos en el ámbito cultural y sociopolítico (n. 201).

Estas tres directrices - Evangelio, denuncia y sinergia - en un criterio pastoral claro que ven a la familia como protagonista, no se han agotado en exhortaciones piadosas, ni menos aún en las circunstancias específicas. Aquí se trata de un proceso que debe ser pensado, que se refleja y se comparte entre todos los que forman parte de la presencia o la experiencia pastoral: jóvenes, animadores, catequistas, maestros, padres y todos los involucrados en el proyecto educativo y pastoral. Vamos a hacer más comentarios sobre las implicaciones que ello conlleva.

d. La gradualidad pastoral

Por último, el cuarto criterio, **la naturaleza gradual de la pastoral**, (N. 293) lo encontramos comentado en el capítulo 8 a través del trinomio "acompañar", "discernir" e "integrar". El capítulo se inicia mediante la presentación de esta política pastoral con las siguientes palabras: " aquellos que son parte de la Iglesia necesitan atención pastoral misericordiosa y animadora"(n. 293). La pregunta que nos hacemos es la siguiente: dentro de nuestras propuestas pastorales ¿cómo nos ilumina este criterio pastoral? ¿Qué significa y cómo se traduce el trío "acompañar", "discernir" e "integrar"?

Y aquí estamos llamados a reflexionar cuidadosamente sobre cómo nuestras propuestas y nuestras estructuras dan realmente signos de cercanía especialmente a aquellas familias que se encuentran en la periferia no sólo religiosa y eclesial, sino también social, cultural y económica. El desafío para nosotros es traducir el trío "acompañar", "discernir" e "integrar" en un vocabulario educativo-pastoral que pueda adoptar la forma siguiente: "acoger", "involucrar" y "formar".

i. **acoger** (acompañar): proporcionar espacios de escucha donde las personas, jóvenes y adultos se den cuenta de que la obra y la presencia es una "casa" donde todos los agentes pastorales son hermanos y hermanas listos para compartir el camino, sin perjuicio ni exclusión;
ii. **involucrar** (discernir): proponer oportunidades y procesos en los que los jóvenes y los padres son animados a ser miembros activos, protagonistas, cada uno/a de acuerdo con sus capacidades y posibilidades. En otras palabras, que la presencia con su propuesta educativo-pastoral es una experiencia donde las fronteras de la participación se amplían según el potencial de las personas. En la lógica de los círculos concéntricos, no hay límites impuestos por el placer, el prejuicio o el arbitrario auto-referencial de los que son llamados/as a ser criado/a;
iii. **formar** (integrar): comunicar una visión pastoral que no se limite solo a ofrecer un producto a nuestros jóvenes y nuestras familias, sino que va más allá. Una visión que permita, forme, logre testigos y multiplicadores a aquellas mismas personas que siendo acogidos e involucrados, en su momento lleguen no sólo a convertirse en sus propios discípulos, sino también apóstoles.

5.3. Decisiones operativas

Llegamos a la última parte de esta reflexión: las opciones operativas. Y aquí conectamos con la primera parte - identidad, carisma, comunidad -, es decir partimos de nuestras raíces para mirar el futuro con esperanza, alegría y optimismo.

a. Comunidad

La Familia Salesiana está en la memoria de los inicios de Valdocco, el corazón pastoral de Don Bosco. El signo de una propuesta pastoral más convincente,

especialmente en relación con los grandes potenciales que la familia ahora nos da, estamos llamados a reflejar cómo el estilo y el paradigma comunitario de vivir el carisma salesiano es la forma salesiana de animación cada realidad educativa.

Como ya hemos comentado antes, contemplando el origen del carisma salesiano, nos encontramos con un Don Bosco que constituye a su alrededor una comunidad-familia, donde a los mismos jóvenes se les comunicaba una experiencia de sano y valioso protagonismo. El Oratorio sigue siendo hoy para nosotros un punto de referencia para una propuesta con objetivos claros, vivir en la convergencia de roles pensados en función de los jóvenes. El carisma de Don Bosco encuentra su humus en este tipo de experiencia educativa y pastoral. A partir de esta comunidad familiar nacieron la Congregación y la Familia Salesiana. A partir de esta misma fuente seguimos alimentándonos nosotros hoy en día.

A la luz de las oportunidades pastorales que surgen, viven y realizan la misión de Don Bosco hoy nos pide el esfuerzo no tanto de crear nuevas estructuras, que se añaden a los otros organismos de gestión y participación existentes en las diferentes obras o ambientes pastorales, sino más bien una renovada mentalidad hacia una mayor comunión viva los diferentes dones y carismas como realidades complementarias, en mutua reciprocidad, al servicio de una misma misión.

Si la evangelización es el resultado de una trayectoria coral, una misión entre consagrados y laicos, que están uniendo sus fuerzas en la cooperación en el intercambio de dones, a pesar de las diferencias en la formación, tareas, carismas y grados de participación en esta misión, entonces hoy la Familia Salesiana debe trabajar para asegurar que nuestra acción pastoral pase de una acción de los operadores individuales a una mayor coordinación de las diversas intervenciones, una búsqueda de la comprensión y la complementariedad entre todos, una búsqueda de colaboraciones, un esfuerzo de organicidad y diseño.

Nuestra presencia, nuestras propuestas han de ser una continuación de lo que nuestro Padre y Maestro vivía en los orígenes: una comunidad de personas, orientada a la educación de los jóvenes, que pueda llegar a ser para ellos una experiencia de Iglesia, y les abra al encuentro personal con Jesucristo.

b. Proyecto

Una comunidad de educadores/as orientada a la educación de los jóvenes ofrece un proyecto educativo-pastoral. La improvisación logra solo que surjan confusiones. Un primer reto que ya hemos recogido, y que el Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*, así como en *Amoris Laetitia,* nos invita a tomar en serio, es el de una conversión pastoral: una reconstrucción de un maduro sentido de pertenencia y también de una renovación de mentalidad, de nuestro modo de pensar, de evaluar y actuar, de colocarse frente a los problemas y el estilo de relaciones: con los jóvenes, entre los educadores, los agentes de pastoral y las familias.

Debemos hacer nuestra la profunda convicción de que las iniciativas y las propuestas pastorales más importantes se articulan como una red. Todos los protagonistas, los maestros / educadores, jóvenes, familias, colaboran a diferentes niveles en la elaboración de propuestas y programas pastorales. La experiencia de una comunidad o grupo que ofrecen es el centro de convergencia donde se vuelven reales: a) la comunión de criterios (mentalidad); b) la convergencia de intenciones (objetivos) y, c) la organicidad de intervenciones (corresponsabilidad, comparación, investigación, verificación).

Esta mentalidad proyectual es y será para toda la Familia Salesiana el gran reto, pero también el gran don. Porque dentro de esta mentalidad de planificación se acumularán las dos caras del corazón de Don Bosco: la "**caridad pastoral**" y la "**inteligencia pedagógica**". Los jóvenes nos piden un renovado compromiso vivido en la constancia, con continuidad y la naturaleza concertada de los diferentes agentes educativos y entre sí. Es preciso que todos reconozcan y se comprometan en torno a una propuesta unitaria. El individualismo pastoral y una propuesta pastoral fragmentada no tienen futuro porque son un anti-testimonio en el presente.

Por lo tanto, es necesario un proyecto capaz de continuar con la "tradición" y, al mismo tiempo, de amalgamar lo "nuevo". Ya no es aceptable que continuamente se vuelva a empezar desde cero con cada rotación de los responsables o cualquier renovación de los equipos.

Proyectar es una actitud de la mente y el corazón, que se convierte luego en una obra concreta. Proyectar es un proceso más que un resultado, proyectar es

un aspecto de la pastoral más que uno de sus actos pasajeros, proyectar es un camino de compromiso y de unificación de las fuerzas.

Y aquí es donde se encuentra el corazón y al mismo tiempo la prueba de la respuesta que nosotros, como la Familia Salesiana vamos a dar a la Iglesia y al mundo en relación con la familia. Si nos involucramos en torno a la creación de una comunidad que se hace presente con los jóvenes y para los jóvenes con el corazón del Buen Pastor, si nosotros como comunidad, juntos, llevamos a cabo un proyecto educativo y pastoral creíble para y con la familia.

Dentro del proyecto se reconoce a la familia, la primera y esencial comunidad educativa, la reconocemos en su verdad, en su potencial: la célula de la sociedad y de la Iglesia, sujeto primero, no sólo en la transmisión de la vida, sino más aún en la misión educativa, sujeto insustituible e inalienable.

c. Acompañamiento

Una comunidad que vive y propone un proyecto siente la necesidad no sólo de acompañar, sino también de ser acompañada. **La comunidad que vive un proyecto es un organismo vivo, que existe en la medida en que crece y se desarrolla**. Por esto no sólo se debe cuidar su organización, sino, más importante aún, desarrollar su vida. Podemos identificar tres niveles en relación con las cuales tenemos que cuidar este acompañamiento:

i. acompañamiento del ambiente

El entorno en el que se vive la experiencia educativa y pastoral salesiana va acompañado. En cuanto es una realidad viva, **cada ambiente se construye**. Es en ella donde los jóvenes se sientan en casa en un ambiente de apoyo, de circulación de ideas y afectos. Y si hablamos de los jóvenes, lo mismo debemos decir de todos los que asumen la educación de los hijos, sobre todo los padres.

El ambiente debe ser entendido y percibido en su potencial donde jóvenes y adultos se sientan acogidos e involucrados. En esta óptica, el ambiente ofrece a los jóvenes y a las familias espacios, procesos y personas con las que se pueden identificar. Un ambiente cuidado y acompañado da a luz procesos **de formación permanente de calidad** y a diferentes niveles: humano, espiritual, cristiano y salesiano.

ii. acompañamiento de grupo

A cuantos entran en contacto con una propuesta de vida y de espiritualidad salesiana tenemos que pensar ofrecer la experiencia de un itinerario. Marcadas por el respeto, la gradualidad y la diferenciación, tales itinerarios reconocen y responden a dos grandes dimensiones: la dimensión de la pertenencia y la de la identidad. Por un lado, la experiencia del grupo viene al encuentro del deseo de la búsqueda, de ser protagonistas, de sentirse en camino con otros. En relación con esta dimensión, el grupo da identidad, hace que surjan iniciativas y procesos, da lugar a signos de vitalidad que permitan a los jóvenes y las familias entrar en contacto con propuestas de valores humanos y de fe de que al final son asimilados de manera vital.

¡Cuántos jóvenes y cuántas familias hemos encontrado que han redescubierto su fe, o incluso la han descubierto, al experimentar en una de nuestras presencias, participando en algún grupo o experiencia llevada a cabo en nuestras presencias! Los grupos en estos ambientes, cada uno con su experiencia particular, y todos los grupos en comunión deben dejarse atraer por este clima de pertenencia compartida, de apoyo mutuo. En este camino la familia salesiana logra ser promotora de una experiencia real de comunidad, es decir, de Iglesia.

iii. acompañamiento personal

Una tercera tarea se nos presenta: el acompañamiento personal. Es el más exigente, y en consecuencia, es de una importancia crucial.

Los que tienen una responsabilidad pastoral dentro de los grupos de la Familia Salesiana, nunca deben olvidar que "si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo" (Mateo 15:14). **Crecer hacia la madurez humana y cristiana que luego pueda iluminar y guiar a los demás, no es un lujo, ¡es una urgencia**! Un clima auténticamente salesiano trata de proponer caminos donde se le da a la persona la oportunidad de ser alcanzada en su individualidad, "cara a cara".

La acción salesiana quiere despertar en los jóvenes, y también en las familias, una colaboración activa y crítica, según la medida de su propia posibilidad. Los tiempos que se pueden presentar por estas experiencias de crecimiento personal no son los mismos en todos y ni siquiera son iguales las situaciones y decisiones ante las que estos jóvenes y familias se encuentran. Aquí creatividad

pastoral junto a la prudencia y el respeto por las personas tienen un carácter decisivo.

Entre ellas, se encuentra la dirección espiritual, durante la cual se consolida la fe como vida en Cristo y como un sentido radical de la existencia. Ayuda a discernir la vocación personal de cada uno en la Iglesia y en el mundo, y a crecer de manera constante en la vida spiritual hasta la santidad.

Es evidente que aquí entramos en una esfera que está bien pensada, reflexionada y planificada. Si, por un lado, todos estamos convencidos de que se siente cada vez más urgente la necesidad de personas dispuestas a escuchar y aceptar las confidencias con respeto, por otro lado, también somos conscientes de que necesitamos personas que tengan el don de escuchar y aceptar la responsabilidad educativa de ayudar a los jóvenes y familias en sus esfuerzos de crecimiento.

CONCLUSIÓN

Concluyo con una cita escrita hace veintidós años, en 1994. En ese año, dedicado a la familia, Don Egidio Viganò escribió una carta[14] que a la luz de lo que estamos viviendo hoy en día tiene un fuerte carácter profético:

> El tema "familia" es demasiado importante para dejarlo caer a finales de este año. Debemos considerar el '94 como una ventana abierta en un vasto horizonte que toca la actualidad de nuestro carisma y ofrece muchas cuestiones urgentes y nuevas en nuestra misión de nueva evangelización.
>
> Es conveniente, por tanto, que nos entretengamos seriamente sobre cómo el tema de la familia invierte en profundidad nuestro proceso de renovación. Servirá para sentirse más en el corazón de la Iglesia y más insertos de forma integral en el mundo y en su historia. El Espíritu del Señor nos ha suscitado en el Pueblo de Dios con una específica tarea de "pastoral juvenil". Sabemos, y lo hemos repetido varias veces, que no se puede realizar una pastoral juvenil auténtica sin una relación concreta y armoniosa con “la pastoral familiar."

Preguntémonos: ¿puede formar un educador hoy la persona de sus jóvenes, sin profundizar, clarificar y revivir los valores familiares? ¿Se puede en la Iglesia

[14] DON EGIDIO VIGANÒ, *Nell’Anno della Famiglia*, Carta publicada en ACG n. 349, 1994.

hacer nueva evangelización sin recuperaren profunda y con novedad los temas de la sexualidad, el matrimonio y la vida matrimonial?

A esta pregunta que nos despierta a una visión pastoral viva, empuja Don Viganò el discurso en el lado práctico de las propuestas pastorales:

> Creo sinceramente que todos estamos convencidos de esta relación evangélica con las familias. El problema está hoy en las exigencias de la nueva evangelización, que colo*can en el primer lugar de su cuidado pastoral precisamente a la familia. Debemos revi*sar con especial atención esta área de empeño que toca vitalmente nuestras actividades educativas, la atención a los laicos de nuestras asociaciones y la colaboración con las prioridades pastorales de la Iglesia local.

Llegando al final de esta reflexión, auguro y ruego que, si dentro de 22 años, se tuviese que proponer de nuevo el tema de la Familia en las Jornadas de Espiritualidad Salesiana, se pueda decir que hemos recorrido un hermoso camino.

Gracias.

Iglesia, familia, educación
Una lectura salesiana de '*Amoris Lætitia*'

Andrea Bozzolo. Profesor de Teología Sistemàtica

INTRODUCCIÓN

Los cambios que la familia está experimentando en la situación cultural actual reclaman, de formas diversas, la atención de la Iglesia, manifestando retos pastorales y educativos muy complejos y hasta ahora inéditos. Por esta razón, la comunidad eclesial ha desarrollado, a partir del concilio Vaticano II, una amplia reflexión sobre el matrimonio y la familia, reconociendo en este tema un argumento fundamental para su vida y misión. Un signo evidente de esta atención es la celebración de tres sínodos dedicados a esta cuestión: el de 1980, que dio lugar a la exhortación apostólica post-sinodal de Juan Pablo II *Familiaris Consortio* (1981) y los dos recientes sínodos, el extraordinario de 2014 y el ordinario de 2015, cuyas propuestas están a la base de la exhortación apostólica post-sinodal *Amoris Lætitia* (2016).

Este interés particular de la Iglesia sobre la realidad de la familia se debe, de una parte, a la constatación de la crisis que esta institución está atravesando en nuestra sociedad, especialmente en el mundo occidental. Como bien sabemos la crisis se manifiesta en la multiplicación de separaciones y divorcios, en la difusión de las cohabitaciones fuera del matrimonio, en la práctica de hábitos afectivos discutibles, en los diversos modos con los cuales la familia no se abre a la vida, en la marginación de los ancianos y, más recientemente, en la proliferación de auténticas ideologías 'antifamiliares'. Así las cosas, podemos pensar que entre la cultura afectiva actual y el mensaje cristiano se haya establecido un muro de incomunicabilidad. Al volver una y otra vez en su reflexión sobre la familia, la Iglesia manifiesta que no se quiere resignar y que no tiene miedo a los cambios de la historia, sino más bien que desea comprenderlos y penetrarlos para poder expresar, en el seno de la cultura afectiva actual, la palabra del Evangelio en un modo renovado y convincente.

La segunda razón por la cual la Iglesia dedica tanta atención a la pastoral familiar es la profunda convicción que tiene del protagonismo de la familia en

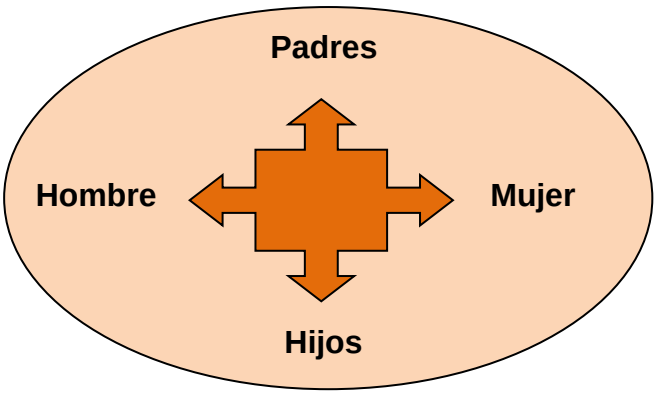
la transmisión de la fe. La decisión de dar al documento post-sinodal un título positivo y alegre, como "*Amoris Lætitia*", subraya la intención de afrontar el tema con una actitud constructiva. Esta posición ayuda a comprender que, aun contando con las dificultades actuales, la familia no es, ante todo, un problema que hay que resolver, sino más bien una energía que podemos activar, una fuente de vida cristiana que puede y debe optimizar todas sus posibilidades. Al mirar positivamente la familia, la Iglesia nos invita a liberarnos del clericalismo que ha podido condicionar los razonamientos pastorales. En efecto, reflexionar sobre la familia no significa que los sacerdotes o los agentes pastorales tienen que "resolver" la crisis de la familia, sino que el pueblo de Dios, formado por las familias, está llamado a redescubrir la frescura y la hermosura de la alianza conyugal, bajo la luz de la presencia de Jesús Resucitado. La alegría del amor es un don del Resucitado a su Iglesia, un fruto del Espíritu Santo que podemos acoger con alegría y testimoniar con fuerza y energía. Esta alegría es también, como bien sabemos, uno de los recursos fundamentales para llevar a cabo la tarea educativa.

Con el aguinaldo de este año, el Rector Mayor ha invitado a toda la Familia Salesiana a sintonizar con la comunidad eclesial en la búsqueda de las formas más apropiadas para el acompañamiento de las familias, contribuyendo con los recursos específicos de nuestro carisma educativo. La reflexión que os propongo trata de ofrecer, como se me ha pedido, una lectura salesiana de la AL. No haré una presentación del documento que, después de casi un año de su publicación, todos podemos conocer, sino que trataré de subrayar algunos aspectos que considero más relevantes para nuestro carisma. Articularé mi reflexión en cuatro momentos dedicados a (1) describir los elementos constitutivos de la familia, (2) proponer algunas claves de lectura de la AL, (3) poner de relieve la intención de fondo del documento y (4) sugerir algunos contextos para hacer una acogida "salesiana" de las indicaciones del Papa.

1. LA FAMILIA ENTRE NATURALEZA Y CULTURA

El Catecismo de la Iglesia Católica presenta la familia en estos términos: "*Un hombre y una mujer unidos en matrimonio forman con sus hijos una familia. Esta disposición es anterior a todo reconocimiento por la autoridad pública; se impone a ella. Se la considerará como la referencia normal en función de la cual deben ser apreciadas las diversas formas de parentesco*." (CEC 2202) En el texto del Catecismo podemos descubrir con claridad los elementos constitutivos de la experiencia familiar: la conyugalidad y la procreación. El primer punto implica la diferenciación sexual y la alianza personal. El segundo, la fecundidad y la inserción social. Articulada según los dos ejes del 'género' y de la 'generación', la familia tiene, sin lugar a dudas,

una función arquitectónica para nuestro mundo. En la intersección de estos dos ejes se encuentra, en realidad, el núcleo de toda la antropología.



Esto sucede porque la conyugalidad y la procreación están enraizadas en lo más “natural” del hombre, o sea la conjunción de sexualidad y fecundidad. Pero sucede con modalidades que derivan de la libertad de las personas y de la mediación de la “cultura”. Por consiguiente, con expresiones variables y versátiles, que cambian según tiempos y lugares, y no logran nunca un nivel que se pueda considerar definitivo. Hay que tomar en serio este aspecto para no hacer sobre la familia discursos genéricos y abstractos, sino más bien tratar de encontrar las claves de lectura más adecuadas según las diversas situaciones culturales.

En algunas épocas y culturas el eje vertical de la procreación prevalece sobre el de la conyugalidad; en ese caso, se considera la familia como el lugar de la gestación de los hijos, hasta el punto de ser principalmente orientada a este fin. Esto puede suceder con modalidades más moderadas, pero también con expresiones más acentuadas que pueden provocar graves consecuencias sobre el modo de concebir el rol de la mujer y su vocación a la maternidad. En estos casos, la dimensión comunitaria (la tribu, el clan, los padres, incluso el estado) puede predominar sobre la personal y la búsqueda de la fecundidad puede postergar a un segundo plano la relación conyugal, hasta el punto de justificar la poligamia. Pueden aparecer formas de despreocupación educativa hacia los hijos, o bien la virginidad cristiana será considerada como un comportamiento sin sentido.

En otras épocas, por el contrario, el eje horizontal de la alianza conyugal puede preponderar sobre el eje procreativo, y en ese caso se considera la familia como “pareja”, como experiencia de gratificación afectiva, hasta el punto de condicionar la presencia de los hijos a la intensidad emotiva del hombre y la mujer. También en esta segunda hipótesis aparecen distorsiones antropológicas: la dimensión privada y subjetiva termina imponiéndose sobre la social e institucional, entonces la procreación es una mera eventualidad, y

con frecuencia se postergan los nacimientos; se pierde el sentido de la responsabilidad pública inherente a la decisión de construir una relación estable entre hombre y mujer; se puede incluso llegar, como está de hecho sucediendo actualmente en Occidente, a debilitar la diferencia sexual, con la intención de equiparar la familia a las uniones homosexuales.

Está claro que la mejor situación se da cuando los dos ejes están bien equilibrados entre ellos y cuando su relación con el conjunto de la sociedad no es ni de subordinación ni de marginación. Es importante reflexionar sobre este aspecto para comprender que la familia no es una realidad estática e inmutable, como si estuviese privada de la historicidad. Como cualquier componente de la experiencia humana, es una realidad cambiante, impregnada de un profundo dinamismo que la lleva a desarrollarse de modo fecundo e irradiante, pero que la expone en tiempos de dificultad y de crisis. Esto vale tanto para cada familia (desde el momento en que dos jóvenes se conocen y forman una pareja hasta que se casan, engendrando a los hijos y más tarde a los nietos) como para el universo familiar en el seno el sistema social, con los cambios de las formas de reconocimiento simbólico y jurídico y de sus roles y normas. Habida cuenta que el carisma salesiano está presente en áreas culturales muy diferentes, es importante tratar de comprender cuáles son las características, las posibilidades y los retos relativos a la experiencia familiar en el contexto concreto en el que nos encontramos.

2. CLAVES DE LECTURA DE LA AL: LA FORMA DEL TEXTO Y LA LÓGICA DEL ACOMPAÑAMIENTO

La referencia a la complejidad histórica de la experiencia familiar en los diversos contextos nos permite apreciar uno de los rasgos fundamentales de la AL, y que constituye la primera clave de lectura que podemos adoptar para interpretar el documento. Se trata de la opción hecha por Papa Francisco de hablar de la familia mediante una “gran historia” en lugar de hacerlo como si fuese un “enorme tratado”. Todos los comentarios publicados sobre la exhortación han puesto de relieve el estilo del texto, en el que llama la atención la gran cercanía a la vida cotidiana. Con ocasión de la presentación oficial del documento, el cardinal Schönborn dijo:

> Para mí, *Amoris Lætitia* es, en primer lugar, un “acontecimiento lingüístico”, como ya lo fue la *Evangelii Gaudium*. Algo ha cambiado en el discurso eclesial. Este cambio de lenguaje se podía ya percibir durante la celebración del sínodo. Entre las dos sesiones sinodales de octubre de 2014 y de octubre de 2015 hemos podido percibir que el tono se ha enriquecido con matices de aprecio, acogiendo las diversas situaciones de la vida sin juzgarlas o condenarlas inmediatamente. En *Amoris Lætitia* éste ha sido el tono lingüístico permanente. Detrás de esto no sólo hay una opción lingüística, sino

más bien un profundo respeto ante cada hombre que nunca es, en primer lugar, un "caso problemático" en una "categoría", sino una persona inconfundible, con su historia y su experiencia en su camino hacia Dios. En *Evangelii Gaudium* Papa Francisco decía que debemos quitarnos los zapatos ante el terreno sagrado del otro (EG 36). Esta actitud fundamental atraviesa toda la exhortación.

Merece la pena que vayamos a fondo en el análisis del registro lingüístico usado por Papa Francisco para hablar de la familia, porque no es sólo un asunto de forma, sino también de fondo.

De hecho *Amoris Lætitia* habla de la belleza cristiana de la familia, no tanto "desde al lado" o "desde arriba" de su consistencia humana, sino sumergiéndose en la trama de sus relaciones. Sobre este particular son ejemplares las páginas de 4º capítulo en las que el Papa comenta el himno a la caridad de *1 Cor 13*, poniéndolo en relación con las diversas situaciones ordinarias del amor conyugal y familiar, como también los párrafos en los que describe con admiración la experiencia que vive una mujer en sus meses de embarazo, considerándolo una formidable vivencia espiritual (AL 168 – 171).

Este modo de expresarse pone de manifiesto que la "carne" del hombre, en la fragilidad de su existencia personal, es el lugar en que nos encontramos con el Misterio de Dios, donde podemos discernir el paso del Espíritu. Se trata de una actitud que evita, con toda intención, los "atajos" espiritualísticos o moralísticos que llevan a una presentación del matrimonio con fórmulas idealizadas y lenguajes artificiales (AL 35 – 37).

Pero todo esto "*exige a toda la Iglesia una conversión misionera: es necesario no quedarse en un anuncio meramente teórico y desvinculado de los problemas reales de las personas. La pastoral familiar debe hacer experimentar que el Evangelio de la familia responde a las expectativas más profundas de la persona humana: a su dignidad y a la realización plena en la reciprocidad, en la comunión y en la fecundidad. No se trata solamente de presentar una normativa, sino de proponer valores, respondiendo a la necesidad que se constata hoy, incluso en los países más secularizados*". (AL 201)

De este modo el Papa brinda una gran lección pastoral: no nos podemos contentar imaginando que sabemos comunicar el Evangelio del matrimonio sólo porque empleamos los más encendidos elogios o nos valemos de las imágenes más hermosas que encontramos en la Escritura. Si están alejadas de la humilde contemplación de la vida cotidiana, esas ricas expresiones se convierten en fórmulas retóricas y símbolos vacíos. La analogía, verdadera pero imperfecta, entre el pacto conyugal y la alianza de Dios con su pueblo, de Cristo con la Iglesia (Ef 5), así como la afirmación de la familia como "iglesia doméstica" o como "imagen de la Trinidad" no se han de usar como

definiciones “listas para consumir”. Son, más bien, el punto de llegada de un esmerado trabajo de comprensión de las dinámicas familiares que no podemos saltar alegremente y que se expresa adecuadamente, como el mismo Papa nos enseña, por medio de la narración de la vida. Solamente ‘fermentando’ en dicha narración, esas imágenes pueden manifestar adecuadamente su profundo significado y constituir una luz para descubrir el misterio que alberga el amor conyugal.

A esta opción de estilo lingüístico, que va a lo profundo huyendo de la idealización, corresponde también la opción de estilo pastoral que da la precedencia a los procesos de acompañamiento. “*No basta incorporar una genérica preocupación por la familia en los grandes proyectos pastorales*” sino que hace falta “*acompañar a cada una y a todas las familias para que puedan descubrir la mejor manera de superar las dificultades que se encuentran en su camino*” (AL 200), sin caer en una lógica de aplicación de esquemas y de normas: “*el tiempo es superior al espacio*”, es decir que “*se trata de generar procesos más que de dominar espacios*” (AL 261).

Aquí encontramos la segunda clave de lectura que quisiera presentar ahora brevemente. Ya en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* Papa Francisco habló ampliamente sobre el acompañamiento:

> “*La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo. Los evangelizadores tienen así «olor a oveja» y éstas escuchan su voz. Luego, la comunidad evangelizadora se dispone a «acompañar». Acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico. La evangelización tiene mucho de paciencia, y evita maltratar límites*”. (EG 24)

No se trata, en modo alguno, de una renuncia a proponer la verdad evangélica para no herir la sensibilidad actual o para apoyar ideologías mundanas (AL 35). Se trata, más bien, de la actitud propia de Jesús que sabe reconocer que las personas, con sus más duras experiencias, no son meros casos que se pueden encasillar en una normativa universal. Por ello, ante los problemas más difíciles y discutidos, el Papa señala la necesidad de un cambio de método. No lograremos encontrar ciertas respuestas hasta que no hayamos revisado con criterio evangélico nuestro modo de formular la pregunta. La intención de limitarse a aplicar soluciones normativas para cada caso o la tentación del laxismo permisivo que no sabe ver las diferencias e iluminar la responsabilidad, son en efecto la expresión de una visión abstracta del matrimonio, cuya nitidez es tan verdadera como alejada de la realidad.

Sin embargo, cuando las formulaciones del pensamiento están impregnadas de contenidos personales y el nivel universal desciende a las situaciones particulares, se hace necesario, según la sabia enseñanza de Santo Tomás, el ejercicio de la sabiduría práctica que lleva el nombre de 'prudencia'; una sabiduría que no se limita a deducir, sino que se emplea en el arte evangélico de discernir. En este estilo pastoral no tienen cabida los 'atajos', sean las fugas irreales de un pensamiento que pierde el contacto con la realidad como las "simples recetas" de una práctica pastoral que pretende resolver los problemas rápidamente, sin aceptar el camino paciente del acompañamiento.

3. LA INTENCIÓN DE FONDO: UNA IGLESIA MÁS FAMILIAR

Una vez que hemos identificado las dos claves de lectura, ahora podemos tratar de presentar la que parece que sea la intención de fondo de la AL, que no consiste, como acabamos de decir, en dar una nueva orientación normativa para resolver algunos problemas, sino en indicar el camino en el cual podamos poner en marcha nuevos procesos. Estos procesos se pueden resumir diciendo que sustancialmente deben conducir a presentar un rostro más "familiar" de la Iglesia. Así lo dice la AL en su número 87:

> "*La Iglesia es familia de familias, constantemente enriquecida por la vida de todas las iglesias domésticas. Por lo tanto, «en virtud del sacramento del matrimonio cada familia se convierte, a todos los efectos, en un bien para la Iglesia. En esta perspectiva, ciertamente también será un don valioso, para el hoy de la Iglesia, considerar la reciprocidad entre familia e Iglesia: la Iglesia es un bien para la familia, la familia es un bien para la Iglesia. Custodiar este don sacramental del Señor corresponde no sólo a la familia individualmente sino a toda la comunidad cristiana»*".

Esto quiere decir que, de una parte, la institución eclesial debe estructurarse mayormente "con medida de familia", realizando mejor su figura de "pueblo de Dios" que camina en la historia; y por otra parte, las familias deben descubrir en la comunidad eclesial el espacio vital en el que puedan vivir su propia historia, superando la tentación de esconderse en la esfera de lo privado a la que la empuja nuestra cultura. Se trata pues de un doble movimiento, de la comunidad eclesial hacia la familia y de la familia hacia la comunidad. Ahora trataremos de precisar el significado de cuanto acabamos de decir.

En lo relativo al ***primer movimiento***, las instituciones eclesiales han de corregir la tendencia a organizarse como "agencia de servicios religiosos", en los que los agentes pastorales, muchos de ellos cualificados y generosos,

gastan sus energías. Si la parroquia u otras instituciones eclesiales se convierten en estructuras meticulosas, separadas de la gente, o un grupo de personas encerradas en sí mismas, se podrán prestar servicios eficaces, pero no tendremos ese tejido de comunión, de encuentro, de testimonio, que es signo de la presencia del Señor y de la acción de su Espíritu. Esta "reforma" de la *forma ecclesiæ* a la que están llamadas todas nuestras estructuras no vendrá de un despacho ni siquiera como fruto de las decisiones de un pastor o de una comunidad religiosa. Para que esto suceda de modo saludable para las familias, se debe realizar junto con ellas, contando con su sensibilidad, considerando sus exigencias, entrando en sus lenguajes.

Nos damos cuenta de que poner la familia en el centro de la atención de la Iglesia es una operación más compleja y comprometedora que limitarse a buscar soluciones para los casos de conciencia más difíciles o para las situaciones más delicadas.

La nueva modalidad de relación de la Iglesia con las familias constituye la condición para poder leer con mayor profundidad las dificultades y problemas que pesan sobre ellas y para encontrar, con paciente y serio discernimiento, las formas evangélicas y los estilos espirituales de acompañamiento. El proceso al que el Papa invita pasa por *la necesidad de recuperar un cristianismo "doméstico*", que se enraíce en nuestras casas dando forma a los vínculos que se viven en ellas. La insistencia de Papa Francisco sobre la alianza entre generaciones, sobre el tesoro que los abuelos pueden transmitir a los nietos, sobre la atención hacia los más débiles y frágiles apunta justamente en este sentido. Él nos dice: "*La sabiduría de los afectos que no se compran y no se venden es la mejor dote del genio familiar. Precisamente en la familia aprendemos a crecer en ese clima de sabiduría de los afectos. Su «gramática» se aprende allí, de otra manera es muy difícil aprenderla. Y es precisamente este el lenguaje a través del cual Dios se hace comprender por todos*" (Catequesis del 2 de septiembre de 2015). O bien la fe toma de nuevo cuerpo en nuestra red de relaciones que tiene su vínculo principal en el pacto nupcial entre hombre y mujer, o bien se expresará sólo como una idea, una inspiración, un mensaje, pero no como la aceptación de la vida divina que se da "circulando" entre nosotros. Por eso la Iglesia no puede llevar a cabo la propia misión si no es implicando a las familias; aún más si no asume ella misma los rasgos de la comunión familiar.

El segundo movimiento, en profunda relación con el primero, subraya la exigencia de que *la comunidad eclesial invite de modo más valiente y atrayente a las familias a salir del aislamiento* hacia el que las empuja la cultura individualista en la que estamos inmersos, ayudándoles a abrirse a la experiencia de compartir, de la acogida, de la comunidad.

En efecto, una familia aislada es una familia debilitada. En la sociedad occidental, la familia está siendo cada vez más marginada. No se la reconoce como fundamento del que nace la sociedad, sino que se la considera como un 'subsistema afectivo' en el que cada quién vive su vida privada. De este modo la familia es privada de su tarea de iniciar a la lectura de la realidad, de realizar le proceso tradicional ligado a la cultura y a la fe. Si en la sociedad tradicional la iniciación estaba asegurada por la escucha de la experiencia de los padres, en la actualidad ese rol lo llevan a cabo mayormente las formas de comunicación mediática, de frente a las cuales la familia se encuentra desplazada y debilitada.

La sociedad posmoderna está organizada buscando la mayor autonomía individual en el acceso a las informaciones y a las decisiones. Un estilo individualista de vida aparece más exitoso en el ámbito del trabajo y de la economía. Si las familias terminan cediendo a esta marginación hacia la esfera privada, a pensar solo "hacia ellas mismas", a soñar sólo en la felicidad romántica de una pareja instalada en el bienestar, han perdido la batalla desde el inicio.

Sin embargo su vocación es la de "*introducir la fraternidad en el mundo*" (AL 194). Necesita ayuda en la tarea de construir comunidad, en la interacción con las otras familias, en la apertura hacia los sufrimientos y necesidades de los demás, en la promoción de formas concretas de apoyo y de testimonio en los diversos contextos de la vida social. El amor que circula en el seno de la familia debe ser puesto al servicio de terceros, y sólo así podrá conservar su frescura y su verdad.

La transición para que la institución eclesial pase de ser "agencia de servicio" a ser "comunidad" se puede realizar al mismo tiempo que el de la familia que ha de pasar de ser "pareja privada" a estar más en comunión con las otras familias. Cuando la AL en su número 87 afirma que "*la Iglesia es un bien para la familia (y) la familia es un bien para la Iglesia*", no se trata de un juego de palabras, sino que recoge en síntesis el núcleo de este doble movimiento.

Saber comprenderlo y –sobre todo- traducirlo en opciones pastorales claras es el trabajo que nos corresponde llevar a cabo. Las consecuencias no faltan y son decisivas. Pensemos, por ejemplo, en el significado de la relación Iglesia-familia en los itinerarios de preparación al matrimonio, que aún siguen siendo vistos como la oferta que una agencia religiosa propone a las parejas que, fundamentalmente, viven de forma bastante "privada" el camino que las lleva al matrimonio. Para que la comunidad cristiana sea en realidad la matriz que engendra las familias que nacen del sacramento del matrimonio, y no solamente el lugar en el que se asiste a un curso de preparación, hace falta una conversión pastoral que comporta mucha reflexión, creatividad y generosidad en el compromiso.

4. EL ACOMPAÑAMIENTO DE LAS FAMILIAS CON ESTILO SALESIANO

Las propuestas pastorales del Papa acerca del acompañamiento de las familias están, sin lugar a dudas, muy en sintonía con nuestra sensibilidad pedagógica salesiana, que nos lleva a encontrarnos con las personas en el punto en que se encuentra su libertad, para ayudarlas a caminar a la luz del Evangelio. La lógica de los "procesos eclesiales" de los que habla el Papa es, en último extremo, una lógica educativa. Por otra parte, la cuestión educativa ha sido explícitamente afrontada por la AL, especialmente en el 7º capítulo, titulado "*Fortalecer la educación de los hijos*", que no considero necesario comentar en este momento. Me parece más útil poner de relieve algunos elementos que nos permitan poner en práctica las indicaciones de la AL en el seno de la Familia Salesiana.

4.1. La comunidad educativo-pastoral como espacio y sujeto

El primer elemento no puede ser otro que el de asumir con convicción en nuestros ambientes la figura de Iglesia familiar que el Papa nos propone. La Familia Salesiana debe ser un espacio en el que las instituciones eclesiales se dispongan a "salir" para acompañar al pueblo de Dios, en el que las familias encuentren centros de relación, de encuentro, de comunión de fe y de oración, de construcción de redes educativas, de propuestas de evangelización.

Creo que para nosotros, miembros de la Familia Salesiana, trabajar al servicio de la familia según las modalidades típicas de nuestro carisma significa, ante todo, facilitar en nuestros ambientes el doble movimiento del que hemos hablado antes. La naturaleza educativa de nuestro carisma constituye, de modo natural, un espacio idóneo para este doble movimiento. Tantas familias se nos acercan para confiarnos sus hijos, sus historias, sus problemas. Sin embargo, esto no asegura la realización de una dinámica de auténtico encuentro y compromiso. También nosotros podemos caer en el error de prestar servicios sin encontrarnos con las personas, de ofrecer espacios sin promover una verdadera comunión, de elaborar proyectos para los demás per non junto a ellos.

Hace falta por tanto que en nuestras obras existan realmente comunidades fraternas de discípulos y testigos que, en la diversidad de estados de vida, se encuentran para testimoniar la presencia del Señor a favor de los jóvenes. Ésta es la visión eclesiológica más correcta de la CEP (comunidad educativo-pastoral) como modalidad de actuación del pueblo de Dios que se reúne en torno a una propuesta carismática, y no simplemente como una organización que quiere optimizar sus servicios. La CEP debería ser el espacio en el cual podamos pensar nuestro servicio a la familia y los miembros de la Familia Salesiana deberían ser la fuerza de arrastre para

edificarla como un cuerpo vivo, facilitando la incorporación en esta dinámica de comunión a todas las familias que entran en contacto con nosotros.

Así proponemos un lugar en el que damos rostro a una Iglesia que lleva adelante su misión. Una CEP en la que se respire el clima evangélico de la alegría y la comunión para la acción no nace de un trabajo de despacho. Es, más bien, el resultado de aquellas energías que se dejan interpelar por la fuerza del carisma, es decir, por la potencia del Espíritu Santo que actualiza entre nosotros el estilo de santidad de Don Bosco. Esto es lo que tantas familias esperan de nosotros, ofreciendo lugares y personas dispuestas a acompañar. En este sentido, la CEP se convierte en el espacio y la modalidad de nuestro acompañamiento de las familias.

La subjetividad pastoral de la familia, presentada ya por el Concilio y confirmada con contundencia por la AL, ha de ser asumida especialmente por aquellos laicos que, en la Iglesia, forman parte de movimientos y asociaciones, como lo son, por razones variadas, los miembros de la FS. Hay ya, sobre este particular, experiencias interesantes que van desde el nivel más elemental y popular de familias amigas de Don Bosco, que se reúnen atraídas por su carisma para apoyarse mutuamente en la fe, hasta otras que se comprometen concretamente en la pastoral familiar de las iglesias locales. Implicar a las familias que están ya incorporadas a la FS para construir redes familiares en nuestras instituciones es uno de los retos que tenemos por delante y una de las posibilidades pastorales más prometedoras.

Desde este punto de vista nos podemos interrogar sobre la contribución que la experiencia de los laicos casados ofrece al desarrollo y a la comprensión del Sistema Preventivo. Un padre o una madre tienen una sensibilidad especial en relación con la educación, que puede enriquecer la de los consagrados. Es importante evitar la igualación de servicios y carismas. Podemos correr ese riesgo cuando prevalece una visión de la CEP considerada como una empresa en la que se da la prioridad a los roles, antes que compartir la fe y la misión. Por eso el nuevo horizonte eclesiológico del Vaticano II favorece una experiencia enriquecedora de reciprocidad entre matrimonio y virginidad, entre familia y comunidad religiosa, en el seno de la CEP.

4.2. Una renovada cultura afectiva y familiar

La crisis de la familia provoca, a veces, en nuestras comunidades una actitud de queja y resignación. Podemos escuchar de la boca de algunos agentes pastorales (catequistas, educadores, profesores, etc.) las quejas de aquellas familias que no ayudan en la tarea educativa, que no colaboran en la transmisión de la fe, etc. Peor todavía cuando se piensa que nada puede cambiar, y por consiguiente se permanece pasivo ante esta situación. Es una actitud psicológica y espiritual muy nociva y hay que reaccionar con determinación frente a ella.

Para corregirla necesitamos un planteamiento formativo que nos ayude a explorar las razones que engendran esta crisis, los motivos que amenazan con presentar el mensaje cristiano como un cuerpo “extraño” a la cultura afectiva de nuestro tiempo.

Todos hemos conocido jóvenes y adultos que ni siquiera dan valor a algunos aspectos que nosotros consideramos importantes para una vida afectiva equilibrada. Pareciera que su modo de mirar el cuerpo, la sexualidad, la vida de pareja, el matrimonio no tenga casi nada en común con el lenguaje que frecuentemente escuchamos en la predicación cristiana. Dicho de otro modo, su cultura, o sea el conjunto de representaciones simbólicas con las que miran la vida, puede resultar, en estos puntos de la vida afectiva, impermeable al lenguaje cristiano.

Esto se debe al hecho de que la cultura afectiva predominante en la actualidad lleva consigo, además de aspectos indudablemente positivos, peligrosas distorsiones y graves ambigüedades. La dificultad se presenta cuando el Evangelio nos pide una conversión que es motivo de escándalo y a la que el corazón tiende a oponerse. Además debemos reconocer otra dificultad añadida porque el lenguaje con el que se expresa el anuncio cristiano se ha elaborado con categorías y modelos de otro horizonte cultural que ya pasó o que ha cambiado sustancialmente.

Pensemos en el fenómeno de las convivencias prematrimoniales que en tantos contextos de Occidente se consideran el modo “normal” para desembocar en la construcción de una familia. Es necesario poder decir a los jóvenes que este modo de construir las relaciones no es moralmente bueno, pero evidentemente no es suficiente. También es necesario estar cerca de los jóvenes con simpatía y cultivando relaciones amistosas, pero tampoco es suficiente. Para llevar a cabo un verdadero “acompañamiento” hace falta conocer desde dentro la cultura juvenil sobre el cuerpo, sobre los afectos, sobre la sexualidad, y poner en marcha procesos pedagógicos de anuncio que

permitan descubrir a la conciencia personal la belleza y el encanto del Evangelio.

Las dificultades de la familia de hoy son una manifestación de aquella disociación entre fe y cultura de la que ya habló Pablo VI. El camino de reflexión que la Iglesia ha recorrido desde el Concilio hasta nuestros días pone de relieve que no quiere reaccionar a la crisis con denuncias y quejas, sino más bien con un talante de cercanía generosa y de profundidad en su reflexión. A nosotros nos corresponde también hacer ese mismo camino, con determinación en todos los contextos. Don Bosco supo comprender desde dentro el mundo de los jóvenes estando con ellos y proponiendo la experiencia de fe en un modo adecuado para ellos, por medio de procesos que valorizaban sus exigencias positivas y daban recursos para prevenir sus dificultades. Nosotros no podemos hacer frente a los retos afectivos de nuestro tiempo sin la misma valentía y creatividad.

4.3. Algunos ámbitos que hemos de privilegiar

Nuestra contribución a la vida de las familias ha de privilegiar algunos ámbitos típicos de nuestro carisma, en particular los de la educación y de la pastoral juvenil. De ellos señalamos ahora algunos en los que es más evidente la relación con las dinámicas de la vida familiar y más urgente el compromiso de la FS.

(A) Educación sexual y afectiva de los jóvenes.

Papa Francisco, dirigiéndose a los Salesianos y a las Hijas de María Auxiliadora con ocasión de la visita pastoral a Turín, recomendó especialmente este punto, considerándolo particularmente vinculado con nuestro carisma. Todos sabemos lo urgente que es trabajar en esta cuestión tan difícil y delicada. La AL le dedica algunos párrafos significativos (280 – 286) que hemos de leer con especial atención. Entre otras cosas dice: "*El Concilio Vaticano II planteaba la necesidad de «una positiva y prudente educación sexual» que llegue a los niños y adolescentes «conforme avanza su edad» y «teniendo en cuenta el progreso de la psicología, la pedagogía y la didáctica». Deberíamos preguntarnos si nuestras instituciones educativas han asumido este desafío*" (AL 280).

La educación afectiva comporta, ante todo, el testimonio de vida y una actitud sapiencial, sin reducirla a la instrucción propia de este ámbito ni a la actuación limitada en un proyecto concreto. Tampoco puede contentarse con la improvisación o limitarse a algunos buenos consejos en situaciones particulares. Los cambios socioculturales de estos últimos años reclaman mucho más. Incluso es más compleja la misma aceptación de la propia

identidad sexual en una cultura que tiende a presentarla como la consecuencia de una decisión arbitraria. Además los programas de educación sexual que se difunden en las escuelas suscitan dudas sobre su orientación antropológica y ética. Por todas estas razones parece claro que, por parte nuestra, hemos de plantearnos un serio compromiso cultural en este ámbito tan delicado para sacar partido de los recursos pedagógicos y teológicos de que disponemos, elaborando propuestas bien pensadas que podemos llevar a cabo al menos dentro de nuestras instituciones.

(B) Acompañamiento de jóvenes en preparación al matrimonio.

Se trata de un servicio que se debe adaptar en función de los contextos culturales. En Occidente el momento de la celebración del matrimonio ya no es en realidad en la edad "juvenil". Muchos de los que participan en los cursos prematrimoniales han superado ya los treinta años, y en muchos casos conviven maritalmente desde hace tiempo, con uno o más hijos. En otras sociedades, por el contrario, se accede al matrimonio con una edad más temprana, aunque surgen otros problemas pastorales ligados a la libertad en la elección del cónyuge, a la relevancia social de la fecundidad, al valor del *matrimonio tradicional*, y otros más que reclaman una cuidada atención.

Un compromiso especial merece la educación de la noción cristiana de paternidad y maternidad, reaccionando a las múltiples distorsiones culturales que acentúan la genitalidad. Sabemos, por ejemplo, que en nuestro mundo occidental se da una fuerte presión ideológica para que la maternidad se considere como un límite para la mujer, así como una obstinada contestación de la figura del padre, despojada de sus rasgos simbólicos. Estos temas no deben estar ausente en un planteamiento cualificado de pastoral juvenil, estando siempre atentos a los retos que la cultura juvenil nos presenta.

(C) La acción pastoral de las familias que entran en contacto con nuestras obras.

Algunas familias solicitan nuestro servicio educativo, motivadas por una sincera adhesión al proyecto educativo cristiano y salesiano. Sin embargo para otras el contacto con nuestras obras constituye la única forma de relación con la comunidad eclesial. En este segundo caso nuestra propuesta educativa se convierte en una oferta que puede lograr que la vida de la familia se vea iluminada por la luz del Evangelio, y mientras acompañamos a los hijos en su crecimiento también acompañamos –de hecho– a sus familias, entrando en relación con sus riquezas, sus cansancios y sus dramas.

Hemos de reflexionar sobre el modo como por medio del servicio educativo podemos contribuir a la evangelización de la familia, activando los

procesos de inclusión y de acompañamiento sobre los que frecuentemente habla el Papa. Ayudar a las familias a salir del aislamiento al que quiere relegarlas la cultura actual, construyendo redes familiares, es uno de los servicios más interesantes que nuestras obras puedan ofrecer en el compromiso de una pastoral renovada.

(D) Plantear la pastoral juvenil en términos "generativos".

El redescubrimiento de la función capital de la familia en la transmisión de la fe, que no se asume solamente por "convicción", sino también por medio de lazos, de pertenencia, de identificación con un horizonte simbólico, de enraizamiento en una experiencia que nos precede, empuja a la pastoral juvenil a pensar en la función de la comunidad eclesial en términos de "generación".

Si la modernidad nos ha orientado a considerar la educación en términos de desarrollo (de la autonomía) de los individuos, la perspectiva familiar nos recuerda que la educación es prolongación del acto generativo, testimonio ofrecido por medio del valor de los vínculos, ejercicio sabio de la paternidad y maternidad espirituales, inserción en una experiencia de conjunto y no sólo en sus significados parciales y penúltimos.

Una revisión de estos temas nos ayudará a estar más cerca de la experiencia concreta de las familias y también de los rasgos más típicos del carisma de Don Bosco, que son los que queremos compartir como Familia Salesiana.